



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ

Yara

Rubén Álvarez Acevedo

Yara

Rubén Álvarez Acevedo

Yara



Universidad Autónoma de San Luis Potosí

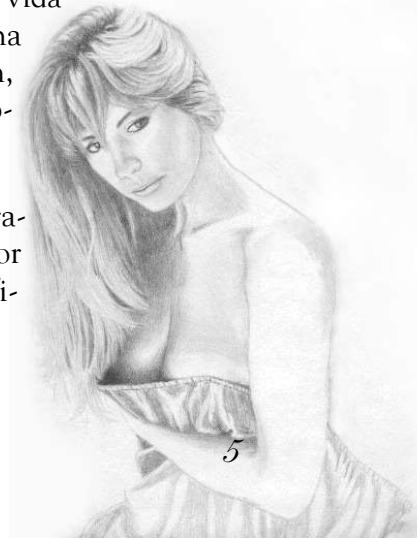
ISBN
978-607-7856-09-2

Editorial Universitaria Potosina

Desde los años de estudio en la escuela preparatoria, el grupo de amigos de Adrián, se había convertido en un círculo cerrado, que giraba alrededor de los intereses del pequeño conjunto de adolescentes que compartían experiencias comunes: El gusto por escuchar el mismo tipo de música, intercambiar y comentar lecturas de revistas y libros, el baloncesto que con frecuencia practicaban y la ayuda mutua durante las horas de preparación de exámenes en las materias que cursaban; derivaron en un ambiente de cordialidad. Las reuniones se realizaban los primeros viernes de mes, en forma rotativa, en la casa de cada uno de ellos.

Cuando iniciaron los estudios profesionales, además de jugar ajedrez o dominó, extendieron la invitación a sus compañeras. Con el tiempo, las reuniones se organizaron con más frecuencia y cobraron importancia, y el ambiente se intensificó por el consumo de cerveza y otras bebidas. La fiesta culminaba en baile hasta la una o dos de la madrugada, horario que se habían impuesto como tope para retirarse a sus respectivas casas. Así transcurría la vida de aquel grupo de estudiantes, sin dinero, con una profunda amistad que disfrutaban y compartían, aun cuando se habían decidido por diferentes vocaciones.

Adrián tenía un carácter alegre y despatarrado con sus amigos, pero tranquilo y conciliador cuando se presentaban discusiones: motivos suficientes para ser bien aceptado por todos.



Cursaba séptimo semestre en su carrera de Arquitectura, cuando estableció una relación de noviazgo con una compañera de estudios. Laura, así se llamaba, una muchacha distinguida por su porte y belleza. Practicaba en forma continua natación y tenis. Sin embargo, durante el breve tiempo que duraron de novios, Adrián no logró despertar el entusiasmo suficiente en ella, quien un tanto más madura, buscaba una relación formal y más intensa, que prometiera mejor futuro a corto plazo. Tal vez la falta de seguridad en sí mismo que manifestaba y una conducta displicente con ella, que suponía producto de la falta de trato con mujeres, eran causa de torpeza en la forma de relacionarse, pues sólo tenía una hermana, y las dos o tres experiencias anteriores con relaciones insulsas, podrían considerarse más de amistad que de noviazgo. Estas circunstancias propiciaron que ella diera por terminada la relación.

La ruptura con Laura por quien sentía una fuerte atracción y que despertó como nunca antes nadie una gran ilusión, en el poco tiempo que salió con ella, fue un gran desencanto. Se sintió frustrado porque él era consciente de que no supo cómo tratarla, ni considerar las perspectivas de ella. Alguna vez comentó con Arturo, su mejor amigo y compañero desde la escuela primaria, que por haberse sentido rechazado por Laura, sufrió mucho, provocándole un dolor que terminó en amargura, rayando en una leve misoginia.

Por esa época, algunos miembros del grupo que sabían tocar algún instrumento musical, tomaron la decisión de formar un conjunto, dándole preferencia a la música de rock, por lo cual los participantes empezaron a decirse miembros de «la banda».

A raíz de que invitaban a sus amigas a las reuniones sociales de cada quince días, Adrián tuvo oportunidad de tratar, en un ambiente distendido y sin otro interés que la amistad, a Esther, Silvia, Carla, Paulina y Evelyn. Ellas se fueron incorporando con mucho entusiasmo, pues sentían simpatía por algunos de los jóvenes.

Posiblemente porque sus compañeros veían huraño y apartado a Adrián, un tanto a la defensiva y desinteresado con las muchachas, Gabriel, uno de sus amigos más cercanos, le presentó en la cafetería de la Facultad de Ingeniería a Yara, a quien se permitió invitar a la fiesta que tenían preparada ese fin de semana, precisamente en la casa de Adrián.

Él la conocía de vista porque era compañera de estudios de Gabriel en la carrera de Sistemas Computacionales y desde que la observó por primera vez le gustó, pero nunca hizo nada por acercarse a ella. Ahora, cuando se la presentaron formalmente, Yara con una sonrisa leve y una mirada coquetamente tímida, despertó en él un encanto fulgurante. Sintió hacia ella una fuerte atracción y una fascinación por la mirada que obsequió con sus hermosos ojos verdes y claros, en los que percibió una luz de ensueño. Él se despidió sonriente, dándole el domicilio, la hora y diciéndole con énfasis al separarse:

—No dejes de ir a la casa. ¡Te esperamos...!

Ella contestó:

—¡Ahí nos veremos!

La actitud de Adrián en otras reuniones era de indiferencia y se veía ausente con respecto a las muchachas. Ese día se mostró inquieto. No por ser el anfitrión, otras veces lo había sido, sino porque no podía ocultar que esperaba con impaciencia la presencia de Yara. Se notaba un cambio, su actitud era más amable y jovial que de costumbre.

En su casa había una estancia acogedora. La sala tenía un anexo propio para este tipo de reuniones. Un pequeño bar, con su barra y contrabarra, tres bancos al exterior y uno al interior para el barman. Una mesa redonda con cuatro sillas para quienes prefiriesen beber

sentados con más comodidad o bien para juegos, generalmente cartas o dominó. En la sala, los muebles propios y otras sillas acondicionadas al convivio. Sobre la mesa de centro, las esquineras, recipientes y platos con las botanas de rigor, vasos y bebidas listas y la infaltable música para todos los gustos.

La reunión cobra vida conforme llegan los invitados. Cada quien se acomoda a su gusto. Unos entablan charlas, otros van directos al juego, que no interrumpen hasta que empiezan a llegar las amigas. Todo prospera de manera espontánea.

Cuando por fin llega Yara, Adrián parece que recibe un baño de luz. Se despabila y siente que despierta de un prolongado letargo de apatía hacia el sexo femenino. Por primera vez, después de meses, descubre la chispa del buen humor que sólo sus amigos conocen y no puede ocultar la preferencia por atender a Yara, como el más comedido y delicado admirador. Sus compañeros se dan cuenta y le dejan hacer de las suyas sin presentarle competencia.

La fiesta se desarrolla como otras de las tantas veces que se han reunido para el cotorreo.

Se dan todo tipo de comentarios, bromas, chascarrillos, chistes, música variada. Un rato de música en vivo porque algunos de ellos han traído sus instrumentos para darle más vida al ambiente. Después viene la música romántica. Hasta apagan las luces directas y prenden una luz tenue que esplenden cuarenta y nueve focos pequeños repartidos en el techo de la sala, en series, formando cuadrados de diferente tamaño y diversos colores: blancos, azules, rojos y la luz verde indirecta de una jardinera que luce una pequeña fuente con su murmullo de agua.

Al filo de la media noche, el ritmo del baile y las pláticas en corto van aderezando el ambiente para la intimidad y la motivación

en el flirteo. Ahí empiezan a brotar las intenciones de buscar pareja para algún noviazgo, que nadie sabe si pudiera terminar en algo más trascendente.

Ese día, al despedirse de Adrián, Yara lo elogia por haber sido un excelente anfitrión y expresa que la charla informal que tuvieron, aun con el fondo del ambiente festivo y las bromas del grupo, fue muy agradable; y tomando por sorpresa a su halagado invitante, le planta un beso cálido en la boca que logró el objetivo de alborotarle las hormonas con una leve excitación y lo convence de que la atracción es mutua. Esto da pie para invitarla a verse más tarde, por el mediodía, en la cancha deportiva donde regularmente se juntan también en palomilla a jugar baloncesto todos los sábados a media mañana.

Después del juego fueron a tomar unas bebidas refrescantes y se acomodó a llevarla a su casa, cercana al Jardín de Tequis, uno de los barrios que hablan de la fundación de la capital potosina, con una moderna iglesia, un jardín con andadores que convergen en un monumento a la Madre y una fuente. Supo dónde vivía. Platicaron un rato a solas y nuevamente se despidieron con un prolongado beso. Como él inquirió si podían salir de paseo el domingo, ella contestó que no, porque había quedado anteriormente de verse con su novio. Esta respuesta lo descontroló, pues hasta ese momento él ignoraba que tuviese novio, sobre todo por el entusiasmo que ella había mostrado tanto en la plática como en los besos amorosos que se dieron al despedirse. Ese fin de semana mantuvo el recuerdo de los momentos agradables que había vivido con ella. Pero un tanto escéptico por saber que existía alguien más que se interesaba por Yara.

2

A la semana siguiente, Adrián caminaba por el estacionamiento de la Facultad de Ingeniería, iba un tanto distraído cuando escuchó su nombre. Volteó hacia el lugar de donde provenía el grito femenino que lo llamaba, era Yara que solicitaba ayuda, al señalar una llanta desinflada del coche que su madre le prestaba algunas ocasiones para ir a clase. Adrián se acercó y tomando la cruceta que ella tenía en sus manos, se inclinó cerca del vehículo para empezar a quitar las tuercas. Apenas había terminado de cambiar la llanta, cuando se aproximó junto a ellos un joven para él desconocido, a quien ella llamó por celular, minutos antes de ver a Adrián, para solicitar que viniera en su auxilio. Llegó hasta ellos y fue presentado como su novio.

—Me llamo Daniel y estudio en la Facultad de Medicina. Cuando Yara me habló, estaba en hora libre de clases y pude venir rápido, aunque creo que no tanto, y por fortuna el problema está resuelto.

—Yo me llamo Adrián y me tienes a tus órdenes en la Facultad del Hábitat.

Después de cumplir con la tarea de cambiar el neumático y con la cortesía de presentarse como amigo de Yara, sin más comentarios se despidió de ambos.

—Yo me retiro y, si ustedes gustan, voy a la cafetería.



—No, muchas gracias, tal vez en otra ocasión —contestó Daniel. Yara se disculpó porque tenía que llegar pronto a su casa.

El lugar al que se refería Adrián era donde acostumbraban reunirse cuando salían de clases o en horas libres. Un anexo adaptado para restaurante, situado entre los módulos de clase y el estacionamiento de la Facultad de Ingeniería. En las mesas, se permitían los juegos de salón. Algunos practicaban ajedrez, dominó o cartas. Otros más mataban el tiempo conversando o viendo televisión y cuando ésta lograba descansar, se podía escuchar música.

Yara también era afecta, de vez en cuando, a participar en la chorcha con sus compañeros de estudio y amigos varios, a los cuales manipulaba con sus ocurrencias, comentarios o juegos de palabras, pues en ese ambiente se relajaban con el lenguaje y los albures a los que se fue acostumbrando, en un ambiente donde la mayoría, según el género, estaba a favor de los hombres. Ella era simpática e inteligente y no dejaba pasar ocasión para manifestarse como mujer inquieta y con capacidad de liderazgo dentro de las cinco o seis muchachas que participaban.

Era fácil observar que, con estas cualidades, se complementaba su belleza, lo cual la convertía en foco de atención de sus múltiples conocidos o gratuitos admiradores. Adrián, dentro de aquella atmósfera de amigos, se mantenía alejado del protagonismo e indiferente con ella. Aun cuando era consciente, desde que la vio por primera vez, de que le gustaba y la percibió como una muchacha desinhibida y extraordinariamente bonita. La actitud de él logró despertar cierta curiosidad e impacto en ella, pues era difícil aceptar que no cayese rendido de una manera manifiesta a sus encantos.

Posteriormente, Adrián se enteraría de que Daniel era un joven bonachón, muy dedicado a sus estudios, pues su carrera tenía fama de ser bastante pesada, absorbente y con dedicación de tiempo com-

pleto a la teoría, a las actividades en laboratorio y prácticas de campo, que poco lugar dejaban para el noviazgo. Esa relación tenía una base de conveniencia, muy bien aceptada y fomentada por la madre de ella, quien lo trataba con mucha educación, confianza y urbanidad, pues veía en él a una buena persona con un futuro promisorio para su hija, por lo cual lo halagaba como el posible marido perfecto. Sin embargo, Yara mostraba una constante indiferencia hacia él; al grado que, en dos años de noviazgo de irregulares fines de semana, ella había sido infiel en cuanta oportunidad tuvo; sin que Daniel se diera por enterado. Todo un barco ideal, rendido al vaivén de las inquietas aguas de aquel mar tempestuoso que era ella.

Después del incidente del neumático, Adrián decidió no dar importancia a la presencia de Daniel en la vida de Yara. Pero no la buscó, ni quiso demostrar de una manera abierta, el disgusto que le había causado el saber la existencia de aquel novio, para él totalmente desconocido.

Fue hasta después de quince días, en la siguiente reunión en casa de Luis, otro de los integrantes del grupo roquero, donde tuvo la oportunidad nuevamente de toparse con ella. Después de disimular un rato el deseo que ambos sentían por conversar y estar juntos, aparte de las miradas, pocas palabras cruzaron, diluidas en el intercambio de experiencias y guasas del grupo. Durante el baile, con cierto sigilo y discreción, con el pretexto de buscar aire fresco salieron al jardín de la casa, encontrando en el aislamiento la oportunidad de conversar, abrazarse y besarse con grato placer.

Separados del grupo, entablaron una plática profunda. Ella comenzó con cierta discreción, pero le inspiró tanta confianza, aun cuando poco lo había tratado, que describió en breves palabras que era divorciada. La historia comenzó cinco años atrás, cuando su novio y compañero, Rodrigo Tafilo, en el último año de preparatoria, la embarazó por descuido. Él reaccionó con disgusto, por la noticia

inesperada; después de que ella confirmó el estado de gravidez. Insistió en que no estaba preparado para la responsabilidad de un hijo y trató de convencerla para que abortara. Ella no sabía en aquellos momentos cómo manejar la situación.

Sus padres estaban divorciados y tenía miedo de platicar las cosas con su madre. Optó por el silencio. Rodrigo rehuyó y cuando hubo la ocasión de platicar sobre la situación, se mantuvo firme en su postura. Ella no sabía qué decidir y arrastraba los días de preocupación, junto a una pareja que cada día era más distante; no encontraba salida, pues sólo se agudizaban los desencuentros. Así pasaron los primeros meses de embarazo, los últimos para terminar el semestre y la conclusión de los estudios de preparatoria. Rodrigo decide, al no aceptar Yara el aborto, regresar a Ciudad Victoria, su tierra natal; abandonando en esa forma totalmente irresponsable a su novia con el problema, que cada día crecía más en sus entrañas y en su mente.

En ese lapso de soledad e incertidumbre sobre su futuro, comienza a salir con José Luis, un abogado joven, a quien conoce desde hace tiempo y que siempre había manifestado un sincero interés por ella.

La situación de zozobra que vive, se deja sentir en las primeras semanas de esta nueva relación hasta que en un momento de debilidad o de franqueza, le comunica la situación difícil en que se encuentra. La forma como sucedió, el abandono y el secreto guardado a su madre. José Luis confiesa que él está enamorado de ella desde antes y que si ella acepta casarse con él, podría ser la solución que buscaba. Afrontaría a la madre, ocultándole la verdad y él asumiría la responsabilidad del embarazo.

Aceptó la propuesta y, en breve tiempo, con el consentimiento y sin convencimiento de la madre, se casaron.

Yara se estrenó como esposa y se fue a vivir con José Luis. Desafortunadamente para el joven matrimonio, no había madurez en ninguno de los dos. Él, sorteando compromisos de su profesión y en búsqueda de relacionarse en el medio laboral, con frecuencia llegaba tarde a la hora de la comida o la cena. En otras ocasiones, con exceso de copas y cansado. Directo a la televisión, hasta quedarse dormido, pues Yara batallaba con los últimos meses de embarazo y los primeros de lactancia y atenciones a la bebé recién nacida, a quien pusieron el nombre de Ana.

Fue una época difícil para ambos, pues no eran las situaciones normales de una pareja de recién casados, sin el lazo de amor necesario para enfrentar los momentos de desencuentro. Ella sintió el matrimonio como una pesada carga, visitando a su madre con frecuencia buscaba la orientación y el apoyo para salir adelante con el compromiso contraído con su hija y su esposo. La limitación económica fue otro de los factores en su contra. Las quejas de Yara encontraban eco en las palabras de la madre, hasta que llegó el momento tal vez deseado por Yara en su fuero interno, al escuchar de la voz de su madre:

—Si no eres feliz en tu matrimonio, es mejor que te separes antes de que te llenes de hijos. Después de todo, eres joven y bonita, tal vez consigas madurar y rehacer tu vida con mejores posibilidades para ti y para mi nieta. Piénsalo. Cuentas con mi apoyo en lo que te pueda dar. Ésta siempre será tu casa.

Continuó Yara con su relato a Adrián:

—Después de la ruptura con José Luis, mi madre me consiguió un trabajo de medio tiempo como secretaria de un contador pariente lejano de ella. Busqué la manera de ganarme su confianza, llevaba trabajo para la casa y trataba de cumplir en todo a satisfacción. Decidí volver a los estudios y comenté con mi madre el deseo de

ingresar a la carrera de Ingeniería en Sistemas Computacionales. Fue todo un desafío a la situación personal y familiar que vivía, pero aquí la llevamos, estoy en el último año de la carrera. ¿Cómo ves la historia de mi vida?

Adrián había escuchado con profunda atención aquellas palabras conmovedoras y estaba anonadado por la sorpresa de la confianza, por lo que no acertó más que a decir:

—No cabe duda de que los refranes encierran mucha sabiduría. Dice uno: «Caras vemos, corazones no sabemos». ¿Quién iba a imaginar que, en tu corta vida, podías llevar estas amargas experiencias? Te agradezco la confianza que has tenido para contarme parte de tu vida. Te hablo con franqueza. Admiro tu carácter para sobrellevar esas vivencias. Por mi parte, soy una persona sin prejuicios. No me interesa que seas madre soltera. Bueno, divorciada. Si crees que podemos tratarnos como novios, yo lo único que puedo prometerte, dado que apenas nos empezamos a conocer y estoy a punto de terminar mi carrera profesional, será el valorarte como persona y si tú me das la oportunidad de salir contigo y conocernos más, pues creo que te voy a querer como nadie te ha querido. Tú decide.

A Yara le agradó la reacción positiva de Adrián, sólo agregó:

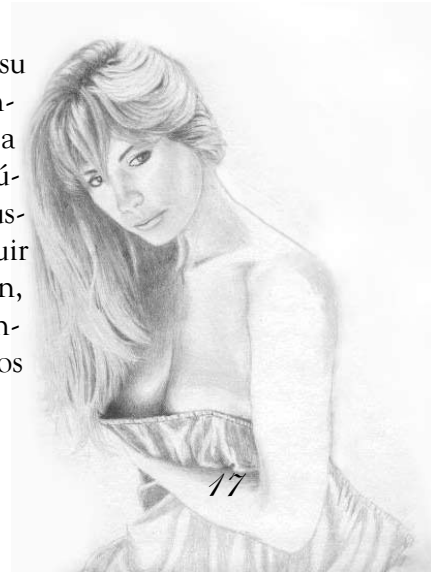
—Agradezco tu comprensión y criterio. Me inspiras una confianza que nunca antes, nadie, me había despertado. Dejemos las cosas al tiempo y caminemos despacio —contestó Yara frente a la inesperada declaración e interés por iniciar una relación amorosa.

3

Adrián no salía aún de aquel período de crisis por su fallida experiencia con Laura. Sentía una cierta desazón y resentimiento hacia las mujeres en general y cierta reticencia a confiar en alguna. Tal vez por esa situación o como un mecanismo de defensa, también a Yara la había tratado en las pocas ocasiones circunstanciales que se encontraron en la cafetería, con cierto desprecio e indiferencia; pero, a raíz de la fiesta en casa de Luis, él empezó a ser presa de una fuerte atracción hacia ella y este magnetismo no nada más era físico, ahora también era por su persona como ser existencial con deseos de progresar en la vida en forma independiente.

A medida que se buscaban con más frecuencia, la rebeldía de Adrián fue cediendo a la confianza que iba naciendo entre los dos. Ese estira y afloja inicial fue provocando una distensión relajante y agradable entre ambos.

Yara buscó ganarse el interés de Adrián con su sinceridad manifiesta. Olvidándose completamente de la existencia de Daniel comenzaron a salir a diario y al siguiente fin de semana fueron a oír música y bailar a una discoteca, al famoso antro Arusha. Haber salido del grupo, les dio margen a seguir platicando sus vidas y sueños. Mientras bailaban, al ritmo de la música fue creciendo y manifestándose una enorme atracción que por momentos los



tenía prendidos, embelesados, arrobándose en un intenso deseo de entrega a plenitud, decidieron de común acuerdo ir a un motel.

Después de un prolongado y lento juego de caricias, Adrián se dejó llevar por la euforia y el entusiasmo de Yara que, sin freno alguno a su sexualidad, soltó su desbordante temperamento y con maestría ejemplar, condujo a su enardecido adorador a los jardines de eros, llegando al clímax del orgasmo, en plena comunión donde sus cuerpos parecían consumirse por el fuego de la sangre y las llamas de la pasión.

Luego de un breve descanso, que aprovecharon tomando una bebida, recuperando energías, encendidos por el embrujo misterioso del sexo, iniciaron el juego de caricias llegando a escalar otra vez la intensidad de la faena; pero, aún sin terminar y para sorpresa de Adrián, Yara en vez de soltarse bajó el ritmo a la entrega, alteró su ánimo y empezó con sollozos que terminaron en llanto y descompostura. Él, apartándose ligeramente, preguntó:

—¿Qué te pasa cariño? ¿Qué te sucede? ¿Te sientes mal...?

Ella seguía llorando, incontenible, lo cual obligó a que Adrián se incorporara, sentándose frente a ella.

—Dime por qué lloras. ¿Qué hice de malo? ¡Dímelo!

Al tiempo que desconcertado confesaba que esa era su primera experiencia sexual, indagaba si se había conducido con alguna torpeza que la hubiese lastimado.

—No eres tú. Soy yo la mala. Realmente no te merezco. ¿Cómo crees que me siento contigo, siéndole infiel a mi novio?

Incrédulo, con mirada de azoro, reaccionó Adrián:

—¡Cómo! ¡No me habías dicho que todavía tienes novio! De hecho, me insinuaste varias veces que eras una mujer libre y que habías terminado con él.

Replicó Yara:

—Bueno, no precisamente. Lo que te dije es que yo necesitaba mucho amor. Que necesitaba a alguien que me quisiera y a quien querer. Ya no he salido con Daniel, pues para mí, era más un amigo que novio. Desde que salgo contigo, ya no salgo con él. ¿Crees que hago mal?

—Esa es una pregunta que sólo tú puedes contestar. Para mí, no creo que hagas mal, si ya terminaste esa relación. Tú me gustas, me agrada estar contigo y si no tienes nada que ver con él, creo que podemos llegar a querernos bien.

Adrián no entendía de momento y tal vez nunca lo comprendió, este repentino remordimiento de ella y con prudencia le dijo:

—Si quieres nos vamos. A mí me agradas mucho, pero si te sientes mal, dímelo. Tú decides.

Ella dejó de llorar y contestó:

—Discúlpame. He sido una tonta. Está bien que nos quedemos otro rato.

Poco a poco se tranquilizó y terminaron haciendo el amor, como si nada hubiera pasado. Para Adrián no pasó desapercibido el incidente. Atónito, continuó tolerando aquella situación incómoda, pues de alguna manera sintió que ella quería condescender en complacerlo, pero al mismo tiempo lo urgía para que terminara. Al poco rato, ella estaba de excelente humor, dijo:

—Sabes, cosita, te voy a querer mucho, porque eres diferente a cuantos hombres he conocido. Nunca me había tocado un hombre virgen, y yo, pues francamente he sido bien loca.

Adrián quedó pasmado con aquella gratuita confesión. Si bien él había expresado al terminar la maravillosa entrega que era su primera experiencia sexual, no esperaba a nombre de la sinceridad tanta franqueza. Sólo alcanzó a decir:

—No te digas así. Para mí eres una mujer maravillosa. La mujer que siempre busqué y no había llegado. Desde que te vi por primera vez, me gustaste. Tu pasado no me importa. Tú sabes que desde que nos tratamos, sólo tengo ojos para ti.

—Pues no nada más los ojos. Quiero tener en exclusiva también otra cosita —contestó ella con malicia y continuó—; quiero que me seas fiel. Me gusta ser exclusiva porque soy bonita y agradable ¿O no es así? ¿Sí entiendes?

Contestó Adrián, condescendiente:

—Sí, mi amor.

Adrián la llevó a su casa. Durante el camino sólo se escuchaba en el coche el arrullo melódico de aquellas canciones de Luis Miguel.

Esos cambios de humor eran frecuentes, pero Adrián estaba tan enamorado que poco a poco se fue acostumbrando a ello. Lo mismo que a su melosa forma de convencerlo, para que siempre hiciera lo que ella sugería. Era una relación perfecta. Al menos para ella.

Después de dejarla en su casa, Adrián no dejaba de pensar en el suceso. Atribuyó al exceso de alcohol ese intempestivo incidente.

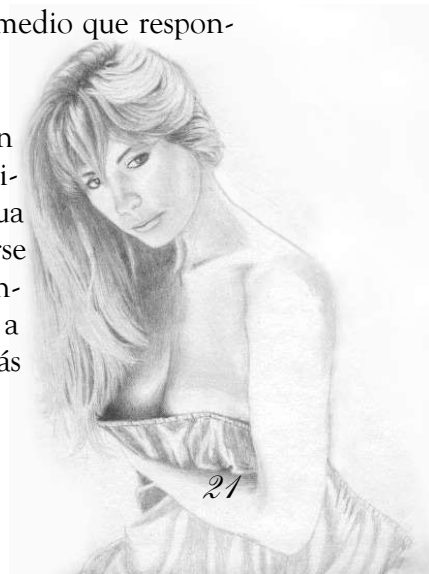
4

Toda la mañana de aquel día, Adrián no dejó de pensar en lo sucedido la noche anterior. Preocupado por esa actitud oscilatoria de la conducta de Yara, su manera de actuar con él con exabruptos y una tranquilidad casi de santa. El arrepentimiento momentáneo y su capacidad de diluirlo en poco tiempo. Por la tarde habló con ella sobre el caso. Esta vez fue la única que Adrián, se manifestó como un hombre prudente pero de carácter firme, que no estaba dispuesto a soportar esta ambigüedad en su recién nacida relación. Buscaba una situación seria y no un juego o pasatiempo de adolescentes. Ella reaccionó con cierta sumisión y convencimiento, y demostró agrado a su postura, expresando que él sería todo para ella de ahí en adelante. Con cierta dulzura dijo:

—No sé qué me pasó ayer, pero te juro que desde hoy, tú eres mi presente y quiero que seas mi futuro ¿Conforme?

Ante tal aclaración, Adrián no tuvo más remedio que responderle con una sonrisa y un beso.

Durante el segundo mes de noviazgo, Adrián fue perdiendo su actitud misógina y se fue suavizando en el trato, al ir desarrollándose una mutua confianza. Empezaron a conocer lo que es llevarse con armonía y el entusiasmo cuando estaban juntos fue creciendo. Sus diálogos cuando estaban a solas eran más cálidos. Las caricias y los besos más



febriles. Gozaban al máximo sus encuentros sexuales y poco a poco apareció la pasión y el apego que los condujo al amor.

Al poco tiempo de salir juntos, le platicó que antes de conocerlo, su vida era un carrusel en desenfreno. No toleraba la soledad y para ella era muy difícil, casi imposible, sentarse a leer alguna revista o libro, salvo los de sus materias de estudio; de hecho la cultura no le interesaba, ni el arte en cualquiera de sus manifestaciones. Vamos, ni siquiera ver la televisión; pues no encontraba ninguna tranquilidad. Las telenovelas las consideraba aburridas y decía que «para tragedias» o situaciones melodramáticas o caóticas, tenía con su propia vida. Sólo la música de rock y el baile, de preferencia que estuvieran acompañados con alguna bebida alcohólica, eran sus pasatiempos favoritos.

También comentó que de niña vivió una terrible paranoia. A los diez u once años, estaba obsesionada en asomarse a mirar la puerta de su casa. Imaginaba que por una mirilla de la puerta, alguien estaba atisbando y que podría entrar en cualquier momento para ocasionarle algún perjuicio. Esa tremenda ansiedad se calmó sólo cuando asistió a pláticas con una catequista, que la preparó para hacer su primera comunión. Consideraba que su madrina, a quien confesó su angustia, le ayudó a superar ese miedo.

Antes de conocerlo tuvo una aventurilla pasajera e intrascendente que quiso confiarle, como una referencia de su manera de ser y también para tantear el terreno para saber si la aceptaba tal como era. Refirió que un mes antes de tratarlo, conoció ocasionalmente a un muchacho cuando ambos estaban esperando abordar un camión urbano. Platicaron para pasar el rato. En ese momento, pasaron unos amigos de él en un coche, e hicieron alto invitándolo a subir. Por cortesía el chavo le ofreció un aventón, que ella aceptó. Se contaron en el trayecto cosas sin importancia como si fueran los grandes amigos. Ya para despedirse, la invitó a salir ese fin de sema-

na y ella aceptó. El inesperado galán esperó cerca de la casa de Yara alrededor de las siete de la tarde en un modesto coche, al cual subió y sin más que un saludo de cortesía, enfilaron rumbo a la carretera a Guadalajara, donde se estacionaron a orilla en un mirador en lo alto de la primera curva. Empezaron a oír música y a tomar unas cubas de brandy que preparó el chavo.

Después de una breve charla intrascendente y de unos tragos, sin ningún protocolo se besaron y terminaron haciendo el amor. A muy temprana hora regresaron. Ella pidió el favor de que la dejara en el mismo sitio donde se citaron y con un «hasta luego», acabó todo. No volvieron a verse. Luego de platicarle este suceso, Yara inquirió:

—¿Qué piensas de mí?

Adrián un tanto perplejo, escondiendo su asombro porque no esperaba esa plática, menos la pregunta, contestó con mucha sinceridad:

—Pienso que llevas una vida vacía de amor y afectos sinceros. Como que estás inmersa en un torbellino de vivencias huecas, como sin sentido. Aceptando una crisis de valores, tú misma no te aprecias. No sabes qué quieres en la vida y no has encontrado todavía a quien te ame de verdad. Alguien a quien le preocupe tu persona y le duela la vacuidad de tu existencia, falta que tomes conciencia de lo que es el respeto para ti misma. Creo que eres una mujer especial. Hermosa, inteligente y buena en el fondo; lástima que no hayas encontrado al hombre que cumpla esas expectativas. Quien realmente te quiera por lo que eres y vales.

Replicó ella:

—¿Y tú crees que exista ese hombre y que pueda aceptarme tal como soy?

—Creo que si tú cambias un poco. Si haces ajustes en tu conducta y adaptaciones a un mejor entorno, puedes ser la mujer ideal como para hacer feliz a ese hombre y serlo tú también. Porque el amor es a fin de cuentas un dar y recibir con buena voluntad y mucha entrega.

—Por ejemplo... ¿tú podrías ser ese hombre?

—Bueno, si tú me dieras la oportunidad lo intentaría, ¿por qué no? Eso sobre la base que te dieras también esa oportunidad.

—Me cae bien cómo me dices las cosas. Sin rodeos. Creo que no perderemos nada con someternos a esa prueba. Bueno, eso si tú quieres ganarte este monumentazo como premio.

Esto último lo dijo con cierta coquetería y mucha vanidad; pero no dejó lugar a dudas para la respuesta de Adrián.

—Acepto complacido. Yo todo para ti y tú toda para mí.

—De acuerdo.

Sonriente se despidió Adrián:

—¡Nos vemos mañana!

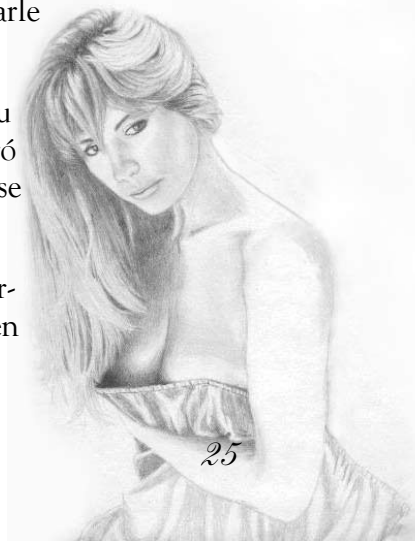
5

El ambiente en que vivía Yara era patético y realmente, una carga el sobrellevarlo. No había día, según platicaba a sus amigas y al mismo Adrián, como lo constataría él más tarde personalmente, que no riñera en su casa. Cuando no con el hermano, era con su madre. Todo por las numerosas francachelas con amigos o compañeros de trabajo. Motivos no faltaban. Parecía una eterna competencia para ver quién llevaba una vida desordenada más intensa.

La madre de Yara era una mujer todavía de belleza plena. A sus 38 años, la vida la había convertido en una persona de trato amable, aunque duro. Muy suelta de lengua cuando se le subía a la cabeza el mal humor. Las circunstancias la fueron moldeando a ser dominante y con muchas ínfulas de grandeza como consecuencia de sus insatisfacciones. Se sentía frustrada porque su marido no había podido ofrecerle la buena vida que prometiera en el noviazgo y que ella deseaba. Aparte de sentirse abandonada como mujer, causa principal que la llevó a tomar la decisión de darle otro cauce a su vida.

Muchas de las desavenencias de Yara con su madre fueron por la propia rebeldía que mostró desde que era adolescente, y al deseo de no dejarse dominar y manipular por ella.

El carácter fuerte y voluble de Ana Cristina marcó en mucho el camino conductual de la hija, quien



muchas veces la vio desilusionarse de sus amantes temporales. Aun cuando los trataba en una mezcla de empalagosa atención con dejos de frivolidad, siempre cuando llegaba a poner fin al romance, terminaba llorando. Se sentía frustrada y decía sufrir por esa circunstancia que ella misma provocaba o decidía. Yara pensaba que ella nunca iba a actuar en la vida como su madre. Y nunca sufriría por nadie.

Yara rehuía la soledad. Comentaba a sus amigas que ella jamás estaría sola. Tenía una norma de vida para evitarla: Antes de terminar una relación amorosa buscaba la manera de estar ya con otro hombre. Para sus amigas, dos o tres de mucha confianza, era como una heroína en pro del feminismo. Era una rebelde contra los hombres, pero se jactaba, antes de conocer a Adrián, de cambiar de pareja cada dos o tres semanas. Rompiendo intempestivamente y sin motivo esas aventuras que para ella nunca dejarían huella. Llegó a confesarles que con Adrián tampoco era totalmente fiel, pero procuraba que sus pequeñas aventuras fueran de sólo un rato y esporádicas. Las veces que lo hizo, comentaba, fueron pocas e intrascendentes. Se complacía de que Adrián fuera un hombre liberal en cuanto a su pasado y su forma natural de ser. Él la aceptaba tal como era, con cualidades y defectos.

La siguiente ocasión que hicieron el amor, ella se entregó sin reservas. No hubo ningún contratiempo. Él también. Después de acariciarla con ternura, de hablarle casi en secreto, todo lo que ella significaba para él, se dio absolutamente. En el momento de clímax, ella le dijo al oído como susurro o súplica:

—Adrián, no me vayas a dejar nunca. Te quiero mucho. No me dejes nunca....

Esas palabras fueron como una marca para él, quien sólo contestó:

—No, princesita, nunca te dejaré. Porque yo también te amo. Te siento parte de mi vida.

El silencio cubrió los minutos sobre la pasión de los jóvenes amantes y al poco rato en el relajamiento, el cansancio los llevó al sueño.

Por esos días, Adrián era un nido de ilusiones. No comprendía que el amor no lo era todo. Que había convencionalismos, intereses, motivos superiores, circunstancias imprevistas o compromisos, que eran los que operan en la vida real y que son factores poderosos, que la mayoría de las veces rompen el encanto. Sobre todo, lo que acaba con la fascinación de la pareja, son la falta de comunicación, fidelidad y el engaño.

En alguna plática espontánea, un día hablaron sobre el sexo y el amor. Yara no creía que existiese el amor. Aunque ese sentimiento fuese real, decía que para ella era desconocido. Se conformaba con pensar que el amor era únicamente sexo. Razonaba que todos los que hablaban de espiritualidad eran unos farsantes, que sólo buscaban conseguir concretamente el placer sexual. Expresaba que más vale hablar con la verdad y darlo a quien lo pedía directamente sin engaños y sin tanto rodeo.

Aclaraba:

—Bueno, cuando uno quiere darlo.

Adrián abordó el tema de Julia, una amiga de ella, que siendo casada se juntara con el grupo a los destrampes, ganándose fama de fácil. Hizo la observación de que como amiga no era conveniente. Sugiriéndole que se fuera retirando de ella, porque además era muy sonsacadora. Él no comprendía que teniendo marido, con facilidad le pusiese el cuerno con cualquiera. Yara recriminó su criterio restringido:

—Mira, Adrián, el que ella se junte conmigo no me perjudica. No te asustes de su manera de ser. Todas las mujeres llevamos

una puta adentro, que no sabemos ni cómo sacarla. Tal vez sean las circunstancias las que nos ayudan a darle vida o matarla dentro de nosotras mismas. Pero no te afectes. Todo es cuestión de encontrar al hombre adecuado y se termina esa confusión interior. Tú debes saberlo. A mí no me importa lo que hable la gente. Que me cuiden el hoyo de arriba, que el otro, yo sé cuándo me lo descuido.

Adrián sólo pudo amortiguar la avalancha verbal con una respuesta evasiva, de compromiso.

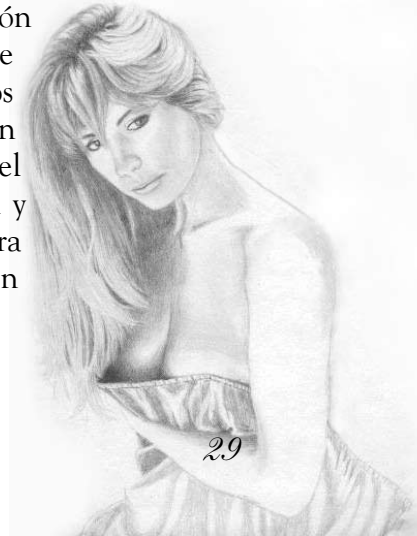
—Puede que tengas razón. Creo que es mejor cambiar de tema.

6

Llegó un momento en que Adrián tomó conciencia de que estaba perdidamente enamorado de Yara.

Cuando se despedía de ella, en algunas ocasiones sufría demasiado por la separación. Se creía correspondido, porque también ella, algunas veces, lloraba al separarse. Eran momentos en que sentía comunión, apego y afinidad, en los cuales veía una prueba contundente de amor compartido.

Entendía que el sexo era parte de la relación. Una parte importante, pero no fundamental. Decía con frecuencia que era un hermoso complemento, pero que el sexo sin sentimiento amoroso era un tanto animal, cansa y hastía. En cambio cuando se tenía como base el amor, además de la química, se daban la amistad, comprensión, compañerismo y confianza; factores que ella no había conocido y a los que no relacionaba con el amor pleno, razón por la cual él reiteraba en cuanta oportunidad se presentaba la necesidad de la confianza entre dos personas cuando buscaban una sincera relación de amistad o amorosa. Él hablaba del encanto del enamoramiento en que se convertía la relación y le decía que era toda una fortaleza de unión contra las tempestades de factores externos que quisiesen contaminarla. Comentó con oportunidad:



—Mira, princesita, la confianza en una pareja es como una vasija. Un ánfora de cristal muy fino y delicado. Imagínatelo como el de Murano. Si ese recipiente se cae y rompe, aun cuando se lograran juntar y pegar todos los fragmentos y no se derramara ni un ápice de líquido al llenarla, de todos modos y para siempre, sería una vasija rota.

Ella sólo observaba un tanto incrédula y sorprendida de aquellos razonamientos en los que él creía absolutamente.

La relación se desplazaba como una barca en aguas tranquilas y con viento a su favor. Por las tardes en días de clase, ya iniciándose la caída de la noche, la veía sobre su coche esperándolo. Era toda una sorpresa. Sobre todo, al principio, antes de convertirse en una costumbre. Otras veces, al término de la mañana, iba a la cafetería de la Facultad a buscar a sus amigos, ahí estaba ella también.

Poco a poco, Yara fue integrándose a la manera en que Adrián quería llevar la relación. Por este tiempo, se olvidó de su espíritu independiente. Dejó de ser la que no tiene freno para nada, la que no se imponía límites y vivía buscando situaciones inesperadas, saltando la cuerda de la audacia y el desafío sin miedo alguno. La que se manejaba a la perfección en el borde de su vanidad manifiesta.

Adrián creía saber a qué se exponía ella con esa forma de actuar en la vida. En qué juegos o situaciones podía caer y se lo comentaba. Yara siempre tenía en los labios su hermosa sonrisa, su mirada pícaro o a veces llena de arrobamiento y vehemencia, y los argumentos necesarios para lavar su imagen ante él y convencerlo de que no hacía con sus amigos, ni con sus acompañantes de ocasión, nada que pudiera él reprocharle.

Desde un principio llegaron a convenir tenerse confianza y la promesa de platicarse todo con honestidad. Él no dudaba nunca de lo que ella le decía, aun cuando se tratara de situaciones un tanto embarazosas.

De cualquier manera, Adrián no dejaba de sentir la ansiedad del enamorado, cuando ella comentaba cosas de su pasado en forma inesperada. Cuando hacía referencia a conflictos familiares llena de pesadumbre y se desahogaba con él; Adrián reaccionaba con acendrada paciencia y amor. Se había convertido en amante, amigo y confidente, hasta calmar su vacuidad crónica y sus tormentas interiores. Ella confesaba que por primera vez en su vida experimentaba cuando estaba a solas, la necesidad de su presencia y de las conversaciones que tenían. Parecía que atrás habían quedado aquellos momentos de superficialidad, vacío y aburrimiento que tantas veces la llevaron a la masturbación solitaria como pasatiempo inocuo o a la aventura fácil y displicente.

Aceptaba con sus amigas, con cierta incredulidad, que Adrián le llenaba muchas expectativas, sin que pudiera o quisiera evitarlo. Le gustaba sentirse idolatrada. Gozaba cuando a solas le decía a Adrián entre bromas, con una enorme sonrisa de satisfacción y mofa:

—Te traigo arrastrando las nalgas. ¡Admítelo güey!
Él, aceptando de buen agrado, contestaba:

—No lo tomes a juego. Es cierto, princesita. Te amo y me siento feliz de estar enamorado de ti.

Ella, con la mirada vehemente sobre los ojos de él y con ese gesto de agrado, le respondía:

—Yo también te amo.

Adrián se daba cuenta que cada día que pasaba, se integraba más a la vida y forma de ser de Yara. Para él, ella era única, llegando a ser consciente de que mucho la amaba. Se aceptaba como un enamorado dispuesto a cualquier sacrificio personal por el bien de ella. Feliz

de padecer aquel hechizo, aquella fascinación. Sentía que lo llenaba en todo y la aceptaba con todos sus defectos.

Ella, por primera vez, se sentía plena. A ratos, dudaba de que fuera cierto y gozaba viendo cómo aquel aparente tigre en un principio, iba convirtiéndose, en sus manos, en un tranquilo y consecuente gato. El amor había llegado a su vida en forma inesperada y jamás imaginada.

Por esta época, tuvieron una vivencia, decían ellos:

—¡Como de película!

Y en realidad fue única por lo chusco.

Sucedió en casa de Bertha, una hermana de Adrián. Ella y su cuñado Alfonso habían salido de vacaciones. Le habían solicitado que cuidara la casa y que atendiera la alimentación y cuidado de su pequeño perro. Aquel día que recordaban, Yara lo acompañó bajo un duro cenit de primavera. Entrando a la casa, dejó ella su chamarra en el sofá de la sala y se pusieron a oír música con mucha tranquilidad, después de dar su alimento a la mascota. Empezaron a bailar, poniéndose poco a poco en ambiente propicio para el arrobamiento de la pasión y el deseo. Mecánicamente, Adrián la condujo a la recámara de visitas que él ocupaba ocasionalmente. Despojándose de ropa se dedicaron a la tarea amorosa y cuando apenas habían terminado, todavía agitados por la emoción, oyeron un ruido en la puerta de la calle que les cortó el momento de embeleso. Adrián había puesto la cadena de seguridad afortunadamente. No hubo tiempo más que para meterla al clóset de la recámara con ropa y zapatos en las manos y él a medio vestir, corrió a quitarle el seguro a la puerta, tras la cual se escuchaban las voces de su cuñado y hermana que intentaban abrir.

Inquirió Alfonso al pasar con dos maletas que llevaba:

—¿Qué pasa, Adrián? ¿Por qué estás encerrado?

Él contestó:

—Me dio sueño cuando llegué de clases y quise dormir tranquilo. Por eso puse el seguro.

Su hermana traía urgencia de ir al baño y al pasar por la recámara donde él dormía, hizo el intento de entrar, diciendo:

—¿Qué bárbaro! Mira el tiradero de cama y a estas horas. Hay que cambiar de sábanas.

Siguiendo su paso hacia el baño, Adrián, ayudando a cargar una de las maletas que Bertha traía, observó que sobre unos libros, estaba la chamarra roja de Yara. Rápidamente fue hasta el mueble y la ocultó dentro de la suya. Se sentó brevemente, todo nervioso, ocultando también los libros. Afortunadamente, su cuñado se desvió a la cocina. Tomó una servilleta. Salió rápidamente diciendo que enseguida regresaría, que iba por las tortillas. Todo parecía como una solución milagrosa que salvó las circunstancias de zozobra. Adrián corrió hacia el clóset. Yara se había vestido y como relámpago la encaminó a la puerta, diciéndole en susurro:

—Espérame en la esquina.

Adrián salió con la chamarra de ella sigilosamente, al tiempo de gritarle a Bertha, quien todavía estaba en el baño, que iba a salir y al rato regresaría.

Una vez reunidos y pasado el susto, se fueron a los baños de vapor que había cerca de la casa. No dejaban de reírse por aquel incidente. Adrián no sabía con certeza si Bertha o Alfonso algo sospecharon y trataron de encubrir por discreción o si les pasó inad-

vertido el suceso. Definitivamente no se puede confiar en parientes que salen de vacaciones, sin avisar cuándo y a qué hora regresan.

Con el paso de los días, Adrián se iba clavando más y más en aquella vorágine de su relación. Yara jugaba con las circunstancias. Algunas veces ponía a prueba la templanza de Adrián inventando historias de pretendientes que la asediaban. Hombres que confesaban su amor y en una ocasión hasta con amenaza de secuestro. Algunas de sus invenciones eran ilógicas y descabelladas, pero se las platicaba como si fueran verdaderas. El buen juicio de Adrián se fue volviendo vulnerable a los celos, aun cuando se empeñaba en disimular, y al razonar con calma, veía lo absurdo de las supuestas vivencias. De alguna manera, si ese era su objetivo lo conseguía, pues con sus inocentes o perversas mentiras lograba desestabilizarlo emocionalmente. Ella gozaba con su creciente mitomanía. Sentía satisfacción de cómo iba desarrollándose aquella relación y se le hacía difícil comprender la inocencia o condescendencia de Adrián para con ella. En momentos, algunas veces a solas, iba descubriendo como una estorbosa carga su pasado. Para ella, esta nueva experiencia la perturbaba, porque le veía cualidades difíciles de encontrar. Era abierto, simpático con la gente, sincero y la soportaba mucho. Por momentos, sentía también que lo quería, por ser diferente a cuantos había tratado. Sobre todo al principio, cuando él se presentaba como un desafío, porque tenía un carácter que veía fuerte, lo creía indiferente con ella, pero cambió posteriormente a un trato delicado y dulce, a un grado tal que se prodigaba sin resistencia alguna para manifestar su comprensión y cariño.

7

Cuando la relación empezó a encarrilarse, bien aceptada por los dos, en una bella tarde de paseo por el Parque Tangamanga, Adrián queriendo conocer sobre la vida de Yara pidió que le hablara de su infancia. Ella de buena manera contestó:

—Mira, yo creo que fue muy difícil, porque no te imaginas cómo lastima y desquicia el ver reclamos y pleitos de tus padres. Esos momentos de gritos, de histeria, de violencia verbal, te provocan un miedo y angustia terribles. Mi hermano y yo nos quedábamos temblando y llorando sin saber qué motivaba aquel desequilibrio familiar que terminaba afectando a todos. Te confieso que el día que mi padre se fue de la casa, conocimos lo que era la tranquilidad.

Mis padres se divorciaron cuando mi hermano tenía seis años, yo cuatro. Habíamos vivido en Guadalajara, formando una familia de clase media, donde nuestros padres trabajaban en una pequeña empresa de refacciones para automóvil, propiedad de mi padre. Él, por necesidades del negocio, realizaba con cierta frecuencia viajes fuera de la ciudad; lo cual dio un margen de libertad que, unido a que era muy sociable y tenía suerte para ser agradable a las mujeres, según platica mi madre, pues facilitó que se hiciera un libertino. En un momento dado, la carga del trabajo y la fa-



milia empezó a ser fatiga para mi mamá. Ella se sintió abandonada y los desencuentros no se hicieron esperar. Furtivamente, ella empezó a salir con un proveedor de León, sintiéndose enamorada, y después de soportar fuertes desavenencias, optó por el divorcio.

Al poco tiempo, nos fuimos a vivir a León, pero nos duró poco el gusto en la nueva ciudad. Resultó que el guanajuatense no era hombre serio, ni afecto a la vida familiar, pues gustaba sentirse Casanova y siempre dispuesto a la aventura; motivo por el cual, mi madre decidió, en cuanto tuvo oportunidad, y con el apoyo de dos de sus hermanos que vivían en San Luis Potosí, cambiar nuevamente de residencia a esta ciudad. Aquí pudo mi tío Pedro conseguirle un trabajo, y mi tía Sofía echarle la mano con el cuidado de los hijos.

Como para hacer énfasis en lo difícil que fue su infancia, ya dentro de sus experiencias personales, le platicó que cuando tenía ocho años, uno de los vecinos, con los cuales jugaba por las tardes, la empezó a manosear, tratando de tocar sus partes íntimas en contra de su voluntad. Por instinto, ella lo rechazó, pero la lastimó en el forcejeo. No consiguió su objetivo porque le mordió un brazo al defenderse y tuvo que soltarla, dándole oportunidad de correr y escaparse a su casa. Esa vivencia guardada en el silencio a tan temprana edad, aun cuando no entendía el significado en aquel momento, fue un hecho desagradable, porque ella no había dado motivo para la pretensión del abusivo vecino. Sólo años después comprendió que su incipiente belleza despertaba en los hombres un atractivo que ella no buscaba provocar.

También comentó una experiencia más fuerte y determinante en su vida que ocurrió con un amigo de su madre, cuando acababa de cumplir quince años.

Por ese tiempo, su madre llevaba una intensa vida social con amigas, compañeros de trabajo y amigos ocasionales, por lo cual te-

nía visitas y reuniones en su casa con cierta frecuencia. Recuerda que uno de esos amigos que intimaban con ella en la época de aquel cumpleaños, llegó de visita por la tarde, fuera de la hora en que normalmente visitaba a su madre. Tal vez sabiendo que a esas horas Ana Cristina estaba todavía en el trabajo, se le hizo fácil llegar con un regalo para la quinceañera; aprovechando que Yara estaba sola, Antonio se introdujo a la estancia, diciéndole que iba a esperar a Cristina y que llevaba un presente. Deseaba platicar con ella sobre el significado de ese cumpleaños tan simbólico en la vida de una mujer, al tiempo de extenderle una pequeña caja:

—Éste es un regalo muy especial para ti. ¡Ábrelo!

Ella, un tanto turbada por la sorpresa de la visita y del regalo, titubeó; pero al fin ganando su curiosidad la abrió. Era una cadena de oro con un dije en forma de corazón.

Ella dijo:

—Es muy bonito, pero no sé si deba aceptarlo.

Sin esperar más, la exhortó a que se lo pusiera:

—Ven, pasa al tocador de tu recámara y pónelo. Debes ver en el espejo cómo se te ve. Quiero vértelo puesto.

Ella obedeciendo inconscientemente la sugerencia de Antonio, caminó hacia su recámara.

Él la siguió y muy comedido sugirió:

—Yo te ayudo con el broche.

Al tiempo de ayudar a ponérselo, se colocó a su espalda, acercando su cuerpo al de ella, deslizó sus manos sobre su cintura y encerrándola entre sus brazos, le susurró:

—¡Qué hermosa eres y qué buena estás! Yo qué diera por tener una novia como tú.

Fuera de control, aquel hombre cuarentón, pero con aspecto juvenil, trató de besarla. Ella lo evitó poniendo su mano entre sus rostros, al tiempo que gritaba:

—¡Déjeme, déjeme Antonio! ¡Yo no he dado motivos para esto! ¡Suélteme! ¡Esto lo tiene que saber mi madre!

Él, descompuesto por el desenfreno de su deseo, la abrazó con fuerza y la tumbó sobre la cama:

—Yo te quiero chiquita, te quiero mucho —le decía obsesionado y fuera de sí.

Ella luchaba con brazos y piernas por zafarse de él. Al rechazarlo, el cuerpo pesado de Antonio encima del suyo era asfixiante. Continuó con su defensa con gritos y él le tapó la boca. Insistía en quererla calmar con elogios y promesas que ella realmente no escuchaba. Asustada e impotente, sintió que era arrancada su ropa interior con violencia.

Por fortuna, se oyó el grito de su hermano Beto, quien anunciaba haber llegado. Esta casualidad obligó al frustrado violador a recomponerse y salir corriendo rumbo a la calle, sin haber logrado su propósito.

Yara se reincorporó arreglándose la ropa, al tiempo que gritaba:

—¡Esto lo tiene que saber mi madre! ¡Cabrón! ¡Desgraciado!

El tal Antonio nunca volvió a presentarse en la casa. Yara platicó el suceso a Beto, aún sin reponerse de la furia y el susto; pero le pidió que prometiera guardar en secreto aquel desagradable percance que

vendría a ser traumático en su vida. Yara no quiso comentarle aquella triste experiencia a su madre. Tenía el temor de ser acusada de haber provocado el incidente, pues su mamá se daba cuenta de que su hija era muy desinhibida y sociable con sus compañeros de trabajo y amigos cuando la visitaban, aunque todos eran cuarentones, pero ella lo hacía sin mala fe. Su coquetería era natural, producto de su autoestima, que llegaba a la vanidad por la propia adolescencia.

Dos sucesos más fuertes en su vida tuvieron lugar un año más tarde. El primero fue causado en unas vacaciones de verano, cuando la madre de Yara aceptó que ésta fuera a pasear a Guadalajara, donde residía su padre; quien había contraído nuevas nupcias a los pocos meses de su separación de Ana Cristina, y a quien visitaba ocasionalmente, de hecho, ella llegó a casa de sus abuelos, donde un comedido tío, el menor de los hermanos de su madre, llevaba una vida de estudiante de último grado en Administración de Empresas y ayudaba en atender un mini-súper familiar. Yara sintió por él una admiración fuera de lo normal, pues éste tenía un carácter demasiado alegre, alburero y simpático, que todo lo tomaba a guasa y lo haría presumir de que un cómico cuenta chistes de televisión y teatro con mucho reconocimiento público por su gracia y desparpajo, aprendía de él sus bromas y decires. Este tío, humorista natural, tomó como tarea propia, invitar a pasear a su sobrina a sus lugares de recreo con el afán de hacerle conocer la vida turística y social de Guadalajara. Él no reparaba en gastos, era manirroto y espléndido.

En poco tiempo, logró ganarse su confianza y amistad, hasta que la sobrina llegó a tenerle tanta admiración y apego que se olvidó por completo del parentesco familiar. Fue una situación tan imprevisible que Yara silenciosamente fue cautiva del encanto de su tío Vicente al grado de manifestarse coqueta y provocativa. Se les veía a cualquier hora del día oyendo música, bailando, jugando hasta que sin quererlo un día a plena mañana, mientras los abuelos atendían la tienda, ocurrió lo que se manifestaba ineluctable: tuvieron rela-

ciones sexuales. Sucedió de manera intempestiva y sin que hubiese reflexión alguna sobre el incesto que cometían. No fue reprochado ni mal visto por ninguno de los dos. Él se sentía atraído por Yara en forma incontrolable, y ella enamorada, no veía mal alguno en las ocasiones que repitiera la experiencia. La primera vez sin precauciones, las siguientes, evitando un posible embarazo.

Aquello quedó en el más profundo secreto, guardado en la complicidad como algo inevitable y conveniente. Para el tío, aquella vivencia fue intrascendente. Él siguió con su vida. Posteriormente, se casó y ubicó a su familia en Monterrey. Para Yara fue de una importancia fundamental. Se volvió apática para el amor y la pasión amorosa. Nunca logró comprender el porqué había ocurrido aquella situación y menos para qué. También la hizo frívola en su manera de ver todo lo relacionado con el tema. Amor, sexo, pasión, romanticismo, se le volvieron una amalgama de confusión que le causaba risa, sin que se permitiera jamás darles el valor que pudieran representar en el resto de su vida. Dejó de creer en sentimientos y emociones. Reaccionó de ahí en adelante con un pensamiento hedonista y pragmático fortalecido por la forma de vivir de su propia madre. Yara no tenía ni se imponía límites.

En la preparatoria, se sintió atraída por un maestro de Literatura que les insistía en las buenas lecturas de obras clásicas. Éste le llegó a prestar algunos libros que ella solicitó con el compromiso de ser leídos y posteriormente comentados por ellos. Esto lo realizaban en un café, buscando el lugar más discreto y apartado. Ella se fue involucrando poco a poco en la vida del maestro y éste no pudo permanecer ajeno a la inteligencia brillante, las preguntas y juicios que expresaba su alumna, aparte de su atractiva belleza. Fue atraído y enajenado por el encanto de aquella adolescente. Pero en cuanto el enamorado mostró el interés de casarse con ella, Yara optó por la ruptura en forma intempestiva y tajante. De nada sirvieron los ruegos y la actitud rendida hasta causar lástima, de aquel infortunado

que había caído en el infierno de su indiferencia y desprecio. En el fondo, Yara gozaba con aquel sufrimiento que había provocado, tan sólo para salvar un desafío de competencia con otras alumnas, que se disputaban su atención y posiblemente una aventura romántica, más que una buena calificación en la asignatura que él impartía en la institución. Yara no tenía la intención de amarrar su vida a nadie, todavía. Se jactaba con sus compañeras al decir que ella no había nacido para el amor, ni para un solo hombre. Adoraba su libertad. Por esa época, se ganó muy mala fama entre sus compañeros y admiradores.

Su siguiente amorío sería con Rodrigo Tafilo, uno de los líderes de la sociedad de alumnos de la prepa, con quien llevó una relación muy liviana y superficial, pero alegre. Con él tuvo la ocasión de probar la marihuana. Esta experiencia no fue de su agrado, por fortuna, y no cayó en su dependencia, a la vez que comprendió que las drogas no eran una alternativa para ella.

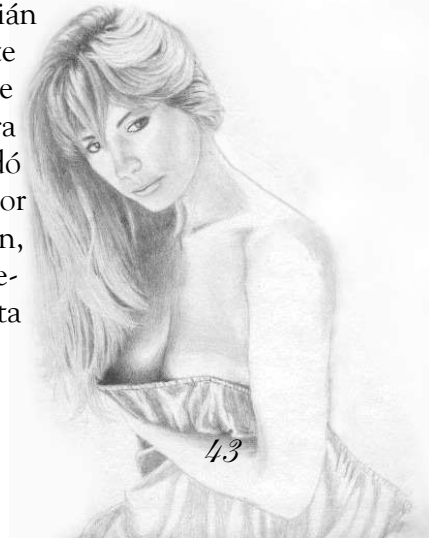
Esta parte de su vida, se la había contado anteriormente. De aquélla aventura, sólo malos recuerdos quedaron: el disgusto por el descuido que provocó su embarazo, la incertidumbre de no saber qué hacer y su matrimonio fallido para cubrir las apariencias. Solamente su hija Anita daba luz a su trascendencia existencial.

8

*D*espués de estas experiencias, el desenfreno; pero eso sí, llevado con precaución, inteligencia y discreción.

El acuerdo con su mamá fue no volver a ser madre, sino hasta que tuviera madurez, terminara una carrera profesional que facilitaría la existencia y posiblemente rehacer su vida con un buen partido a futuro. Este acuerdo pensó Yara cumplirlo estrictamente. La relación entre madre e hija fue más tranquila, pero distante y respetuosa, con más conciencia de llevar cada quien su vida independiente. La madre buscaba su propia tranquilidad, sin dejar de estar pendiente de cómo llevaba Yara sus relaciones amorosas; de ahí su condescendencia y aceptación con el buenazo de Daniel Terrazas, el candidato ideal.

Esa relación respetuosa sufrió un brusco cambio, cuando Ana Cristina se enteró de la presencia de Adrián en la vida de Yara. Empezó la cantaleta frecuente de regaños en su contra. La situación familiar se había visto afectada por la simpatía que la señora sentía por el estudiante de Medicina. No le agradó el cambio de novio que había decidido Yara a favor de un futuro arquitecto; con todo y que Adrián, cuando fue presentado, manifestó la intención seria que tenía para un futuro con ella y con Anita



su nieta, a quien veía con agrado y afecto. Sin embargo, Adrián percibía que la señora no lo aceptaba, pues involuntariamente daba muestras de hostilidad hacia él.

La relación entre Adrián y Yara se desarrollaba en forma fluida y natural. Se citaban por costumbre todos los días a la hora de salida de clases, en la cafetería o afuera de ella. Iban a platicar a los parques, Morales o Tangamanga, al jardín de Tequis y se pasaban las horas en amena charla como novios enamorados, y en proceso de alcanzar una mutua comprensión. Salían los fines de semana con los amigos en grupo. Tomaban copas en alguna casa o discoteca y algunas veces en franco destrampe. Hacían el amor en el coche, en lugares apartados y de vez en cuando en algún motel. Durante varios meses, ese era el patrón repetitivo de su vida.

Algo que posiblemente agradó a Yara fue haberse dado cuenta de que Adrián, cuando comenzó su relación, no tenía malicia, ni práctica alguna en la vida sexual. Ella fue su primera experiencia y de esto se burlaba en algunas ocasiones de intimidad. Un hombre virgen a los veintidós años de edad, algo para ella inconcebible en esta época de tanta libertad. De ahí que en sus primeros meses y con el interés de conocer más la manera de pensar y sentir de Adrián, llegó a imaginarse que él podría ser el hombre de su vida.

Ella pensaba que al no ser ni tan tan, ni muy muy, vivencialmente hablando, pues pudiera ser la pareja perfecta para un matrimonio. Faltaba ver cómo se desarrollaría en el futuro profesional, pues ella no aceptaría una vida con limitaciones económicas.

Adrián percibía que cada día que pasaba, su relación se iba haciendo cada vez más sólida. Bien aceptada por los dos. Se pasaba horas recordando detalles buenos y malos que compartían. En el fondo de sus pensamientos, analizaba los prietitos del arroz de aquel noviazgo. Detectó un rasgo que le preocupaba. Había observado que cuando contradecía a Yara en algo que provocaba ansiedad y ob-

sesión, ella con mucha facilidad se irritaba y se ponía agresiva en extremo. Le inquietaba porque no sabía cómo manejarlo para no caer en fricciones extremas. Por ejemplo, varios días después de que le contara sobre el divorcio de sus padres, estando totalmente relajados en el parque Tangamanga y haciendo referencia a la conversación donde narró parte de su vida, Adrián inquirió:

—¿Y no te lastima la ausencia de tu padre? ¿No lo echas de menos?

Ella contestó:

—Claro que sí. Pero te juro que hasta la fecha, no te podría decir con certeza, qué fue o hubiera sido mejor. Si el divorcio de mis padres o el que se hubieran seguido soportando, a costa de un ambiente de infierno. En realidad, no tengo por cierto qué beneficia más a los hijos.

—Yo creo que sí debes saberlo, pues tú ya tomaste la decisión de un divorcio.

Interrumpió Adrián:

—Pues mira —replicó ella—. Yo creo que si ya no existe la buena voluntad en una relación de pareja, no se diga el amor, no tiene sentido arrastrar una vida de conflictos, reproches y desavenencias. Nadie tiene por qué soportar esa situación. Que porque los hijos se quedan sin padre. Que porque la familia se opone a la separación. Que porque las iglesias, las religiones o la sociedad reprochan la separación, etcétera. No son razones valederas. A final de cuentas, no tienen nada que ver con los hijos, y a éstos, en el último de los casos, les vale un pito. Ya tendrán ellos su propia vida y sus propias decisiones ¿o no crees tú?

Cuando Adrián le contestó:

—Esa actitud es muy egoísta.

Yara se puso iracunda hasta la histeria. Perdió la cordura, y se mostró agresiva e hiriente:

—¡Tú que puedes comprender lo que una siente! ¡Eres como todos los hombres! ¡Engreídos con su machismo como si fueran jeques árabes! ¡Creen que todo se lo merecen!

Adrián optó por el silencio como en otras ocasiones semejantes. Comprendía que sólo siendo tolerante evitaba la pelea y la ruptura. Además, para él era importante conocer más su vida. Adoptó una actitud conciliatoria y sumisa como en otras ocasiones.

—Cálmate princesita. Sólo fue un comentario inconveniente.

—Pues muy desafortunado. ¡Mejor vámonos! ¡Ya no quiero estar contigo!

—Como tú decidas. Nada más por favor, tranquilízate.

Caminaron en silencio hacia el estacionamiento, donde habían dejado el coche. Lo abordaron y oyendo música, callados, se dirigieron a casa de Yara.

—Ya perdóname princesita —dijo él al llegar.

Al descender ella, sin estar ofuscada, como si no hubiera habido conflicto, se despidió:

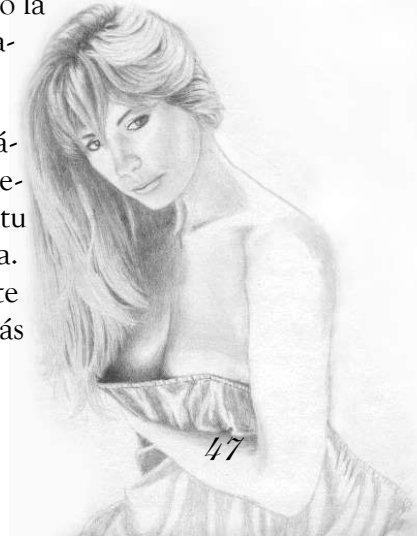
—Nos vemos mañana, mi amor.

9

Otra preocupación que lo intranquilizaba era que cuando llegaron a estar en algunas fiestas, con mucha facilidad y en cosa de minutos, cambiaba el círculo de amigos. Buscaba gente nueva todo el tiempo. Sin embargo, de pronto y sin motivo, cambiaba de actitud. Se ponía triste y pedía que mejor se retiraran. En otras ocasiones, sin motivo, llegaban crisis de tristeza, empezaba a llorar y decía que era una persona que no valía nada.

Adrián la escuchaba, la consolaba con sus palabras, la abrazaba con mucho cariño, la besaba. También lleno de pesadumbre, con pena propia y ajena, sufría al verla así y pensaba que se hundía a sí misma, haciéndose pedazos. Eso también lo afectaba a él de la misma manera. Sufría aquella desolación de la mujer amada y cuando estaba a solas, también se deprimía. Esos estados recurrentes de sufrimiento y zozobra, también hacían mella en su espíritu. Como si se fuera contagiando por una enfermedad que desconocía. Sólo la paciencia, el amor y la templanza que Adrián sacaba de su flaqueza, lograban calmarla y serenarse.

—Mira, mi niña —decía algunas veces con lágrimas en los ojos—. Yo te quiero mucho. No tienes idea hasta dónde trato de compeñetrarme en tu ser, a través de tus ojos, para compartir tu tristeza. Tu vida la siento a veces vacía. El desamor que te inunda y atribula me parte el alma. Pero te darás



cuenta que en mí, tendrás siempre un gran compañero. Siento que te quiero y deseo cuidarte con mucho amor.

Eran estas palabras o algunas idénticas, además de la paciencia, las que la ayudaban a salir de sus trances.

Ella respondía:

—Gracias, Adrián. Tú eres la única persona en quien confío. Nunca antes alguien se había interesado realmente por mí. Los hombres que he conocido en mi vida, lo único que buscaban era pasar el rato, revolcarse conmigo sin ninguna consecuencia. Realmente siento que tú eres muy especial para mí.

Cada vez que se presentaba la ocasión, aun a manera de juego, ella decía palabras semejantes. Con éstas, él se sentía feliz, apreciado, como un factor de alegría y estabilidad emocional para ella.

Una de las fuertes discusiones con él, tuvo lugar casi al finalizar el semestre, y en pleno romance que parecía tranquilo.

—Me dijeron que ayer estuviste en el Oasis. Cuando te vi por la tarde, nunca me comentaste que irías.

—¡Qué manera de recibirme con reproches! —contestó ella—. Comprende que no puedo decirte todo. A qué hora me levanto, qué desayuno, qué como. No soy tu esclava. No creo que deba confesarme a diario contigo.

Agregó en tono de reto:

—¿Qué, no confías en mí...? ¿Crees que por el hecho de ir a bailar un rato con algunos amigos ya ando de güila? ¡Mira, Adrián, si vas a empezar con reclamos o a querer restringirme la vida, mejor nos separamos!

—Oye, mi reina. No te estoy reclamando nada, sólo te hice una pregunta.

—Ya conozco tus preguntas. Son recriminaciones. Siempre me insinúas que cuando salgo sola es para andar de puta. Debes saber que todas las mujeres somos putas, unas efectivas y otras en potencia. Observa a tu alrededor cómo se portan hasta las más cercanas amigas; cómo les ponen el cuerno a su parejas. Pero si a ti no te consta, no tienes por qué señalarme nada. Lo que pasa contigo es que has de ser un cabrón mosca muerta.

—Mira, cariño, yo nada más hice una simple pregunta. No te estoy acusando de nada. Lo que pasa es que te quiero mucho y quisiera que pasáramos juntos todos los momentos. Quiero estar siempre contigo. Discúlpame. No quise molestarte. ¡De veras!

Casi siempre cuando Yara se mostraba iracunda y violenta, Adrián buscaba ser tolerante y evitar la confrontación. De hecho, rehuía las discusiones. Eso era parte de su carácter y de su personalidad, sobre todo con ella. Buscaba compartir su tranquilidad. Ella era intempestiva e impredecible para él.

En otra ocasión, tan sólo por el hecho de decirle que se estaban formando arrugas alrededor de sus ojos, fue suficiente para que explotara; echándole toda la basura interior que traía:

—¡Pendejo! ¡Ya quisieras tener mi piel! Siempre he sido bonita. Por eso, tengo mi pegue, y por mi buen carácter, no me faltan pretendientes. Tú, en cambio, eres un acomplejado. ¡Vales madre! ¡Cómo se ve que no te has visto en el espejo! ¡Cara de sapo!

—Hey ¡Cálmate! ¡Si no es para tanto! No te hice ese comentario de mala fe, ni para lastimarte. Yo te quiero. Tú eres mi princesita. Eres mi Blanca Nieves, la mujercita más bonita del mundo.

Al poco rato, Yara era la mujer más cariñosa que se pudiera imaginar. Jugaba con palabras y caricias, haciéndole sentir que él, como en el cuento infantil, era un príncipe con apariencia de sapo, y, terminaban echándose a reír placenteramente.

Ella era muy ocurrente.

Otro de sus juegos preferidos era hablar a ratos como una niña traviesa, lo cual se hacía sorprendente y gracioso. Muchas veces, Adrián seguía la corriente y jugaban a ser un par de niños. Una tarde estuvieron platicando de sus estudios. De repente le dijo:

—Ya no me quieres. Hoy no me diste mi beso al encontrarnos. Eres un hombre malo. No te das cuenta de que esta niña necesita mucho amor.

—Claro que te quiero. ¿Cómo crees que no? Si desde que salimos juntos tengo una nueva percepción del mundo, de la vida y de la gente gracias a ti. Claro que no nada más te amo. Te adoro.

—Entonces, ¿por qué no me trajiste alguna golosina? A tu pequeña le gustan los dulces.

—Está bien. Te prometo traerte mañana una caja de chocolates.

De pronto, su cara se volvió un gesto de tristeza. Una mueca de dolor que terminó en llanto.

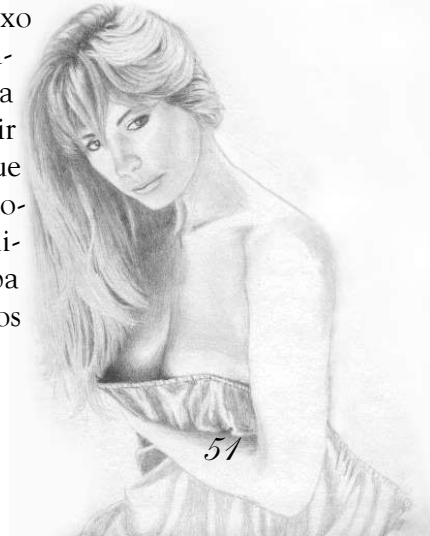
—Eres muy bueno conmigo. No te merezco. Pero te voy a querer con toda el alma.

Dicho esto, se despidieron con un beso apasionado.

10

*L*os frecuentes conflictos, que se presentaron sobre todo durante o después de las fiestas a las que asistían, fueron rompiendo la armonía buscada, y supuestamente encontrada por ambos. Adrián atribuía al exceso de alcohol que Yara transformara su conducta a una manera difícil de controlar. Al paso de los meses, contradictoria con la idea de llegar hasta el matrimonio; más que ese objetivo, parecía que ella buscaba quebrar la relación y bajarla de nivel. Por primera vez, él pensó que no pudiera darse la eventualidad de juntar sus vidas por lo que él consideraba la inmadurez de su novia. Cuando algunas veces sopesaba esa posibilidad, pensaba que la separación debía darse con dignidad y respeto, sin ofensas, ni recriminaciones, ni señales de odio.

Ella había ido cambiando. De frecuentes discusiones a frases iracundas, más que un buen sentimiento, eran muestra de un herir y lastimar. El amor, la amistad y el sexo que él prodigaba, parecía que iban perdiendo interés para ella y degradaban su valor. Yara parecía no darse cuenta de sus cambios. Pretendía vivir de ocurrencias espontáneas, más que de planes que comprometieran su futuro. Sus vivencias de momentos fueron arrebatando la voluntad de tamizar las cosas al común acuerdo. No le preocupaba qué efectos podían traer al noviazgo sus repentinos



cambios de humor y conducta. Adrián, por su parte, no podía o no quería reprochar nada. Cuando lo hacía se desataba la tormenta de la que siempre salía, a causa de su nobleza, condescendiendo, perdiendo imagen ante ella y cada vez más, influencia en sus decisiones. Parecía que Yara hubiese llegado a sentir incomodidad de un comportamiento mesurado. Sentía que había perdido libertad. Se desesperaba de no poder hacer lo que le viniera en gana, a nombre de la armonía que Adrián buscaba a toda costa. Tal vez su innata rebeldía y su elevada autoestima fueron el detonante para romper ataduras aparentes. Tal vez a ella le gustaba flotar en lo desconocido sin estar sujeta a una persona o a un objetivo definido. Tal vez, no sabía realmente lo que deseaba; además de que no le importaba. De ahí, la displicencia de sus actos.

Adrián se hacía nudos mentalmente. Surgían dudas a cada momento y continuos ratos de cavilación. La quería tanto que no podía ocultar el sufrimiento que en él provocaba la vida desdeñosa de Yara. Empezaba a comprender que el amor era siempre una cadena, y a veces una condena, cuando sólo uno de los dos ponía su parte para sobrellevar la carga de la relación. Comprendía que cuando no es mutua la voluntad de llevarse bien, ésta se vuelve tormentosa, deja de valorizarse y da entrada al desamor, la crueldad y a veces hasta el odio. Entonces el pasado con todos sus fantasmas, las mentiras presentes, los posibles engaños, tomaban un significado que irremediabilmente conducen al desastre.

El día de su cumpleaños, fueron a celebrarlo al antro de costumbre, después de una previa reunión en casa de ella. Al calor de las copas, de estar de buen humor, graciosa y oportuna, intempestivamente se levantó de su lugar y tranquilamente fue a coquetear a una mesa vecina donde había tres conocidos de ella brindándole sonrisas y amistad. Se olvidó un buen rato de la presencia de Adrián y amigos acompañantes desde el convivio familiar. Esta situación se había presentado en otras ocasiones; pero el hecho de haberse dado

en un día especial, único en el año, se le hizo a su novio insoportable. Se daba cuenta de que cada vez eran más los admiradores y la búsqueda de nuevos conocidos. Molesto y tratando de evitar escenas de celos, en su silencio y trabado de coraje, Adrián no dejaba de considerar que si esto sucedía con los propios amigos y le disgustaba, tratándose de extraños resultaba imperdonable.

Él se percibía enamorado. Hacía esfuerzos por comprenderla, pero motivado por los celos, resultaba difícil sobrellevar la situación. No encontró la manera de llamarla a la normalidad, como en otras ocasiones. Por el alcohol que había tomado, manifestaba en su gesto el disgusto y no hallaba cómo disimular. Ella lo contempló de lejos, sumido en el silencio, pero no se alteró en lo absoluto. Mostraba de manera natural su frivolidad existencial ante Adrián. Él, al llegar al límite de su capacidad de aguante y a punto de reventar, se dirigió hasta donde estaba ella para solicitarle que salieran del salón. Yara, de mala manera, se levantó y se dirigió hacia afuera, donde se desarrolló la tormenta.

En tono de reclamo, Adrián explotó:

—Esto no puede seguir así. Creo que cuando vienes conmigo, lo menos que puedo esperar de ti es consideración y respeto, como yo lo hago contigo. Hasta los propios amigos se quedan sorprendidos de tus alcances. De la forma en que te comportas.

Yara, que no estaba para sermones, lo escuchó con una leve sonrisa y respondió:

—Mira Adrián, yo tengo mi manera de ser. Ni tú ni nadie me la van a cambiar. Si no te parece soportable, tú tienes la palabra. Pon el remedio que quieras —retó, esperando respuesta.

Ante la disyuntiva tajante de Yara, Adrián no halló contestación de momento. Se quedó mudo. No supo qué decir. Ella, dándose

media vuelta, regresó al interior nuevamente con el grupo que había llegado. Seguida de los pasos de Adrián que, perplejo y callado, tomó su lugar con el prurito de desquitarse, con el licor que estaba consumiendo, y con el deseo de tomar hasta embriagarse.

Como colofón de la situación que se había presentado, Yara propuso al grupo un intercambio de compañeros de baile «con la intención de romper el afán de posesión», dijo con una dedicatoria más que señalada. Todos siguieron la corriente a la cumpleañera, quien llena de regocijo, se dirigió a sacar a Felipe para darse gusto con el ritmo de una cumbia. Como si la discusión con Adrián, la motivara a ser más provocativa y desparpajada, después de Felipe va y se abraza con Alberto, pegando su cuerpo al de él, se contonea al ritmo de la música que resulta más calmada y lenta. En ese momento, para ella, el novio no existe.

Él, sumido en el silencio, no ha querido bailar. Como desquite del coraje, se la pasa fumando y bebiendo. Se siente lastimado en extremo y se enreda en conjeturas. Entre su estado de enamorado y el papel de celoso cobarde, su cerebro, abotagado por el vino, se halla hecho nudo con pensamientos encontrados, que juegan en la penumbra del bar con su disgusto e impotencia: ¿Por qué tiene que aguantar su desamor, humillación o engaños? ¿Por qué el empeño de Yara de vivir como pollo descabezado en su actitud de destrampe? ¿Qué acaso no le duele a ella verlo sumido en la desesperación y la tristeza? ¿Qué de plano él no le interesa y quiere volver a su vida ligera? Todo esto era un misterio que aniquilaba su paciencia y amor. Sin embargo, al mismo tiempo, se dolía de la actitud de ella, que la llevaba a desvalorizarse. Se dolía de aquel juego de vana frivolidad que sólo daría gozo momentáneo para caer a la postre en el malestar de la resaca y el vacío.

Era obvio que sintiera en aquel momento ganas de rechazarla, abandonarla para siempre, sacarla de su vida emocional. Al mismo

tiempo, sufría por ella, y por él mismo. No podía dejar de quererla y preocuparse de la existencia tan hueca y los peligros que la acecharían, si él decidiera dejarla fuera de su vida. Pero no se resignaba a sufrir eternamente sus cambios de conducta, los menosprecios a su dignidad y a los abusos por saberse amada.

En esos momentos de tribulación, sentía hecha añicos la esperanza. No lograba comprender el porqué y el para qué de aquella relación que le obligaba a vivir sin autoestima; como un guiñapo incomprendido por la mujer amada, que sin ninguna conciencia lo hundía en la destrucción. Al grado de pensar que este mundo de miseria va vestido de harapos y cubre de hoyos las fibras más sensibles de nuestro ser. Que nos colma de soledad, desamparo y una histeria envolvente, oscilando entre la apatía y la indolencia. Un mundo entre un placer materialista y el sufrimiento que camina en el misterio del tiempo y la confusión de la conciencia. Un mundo, en fin, que se pierde en el vacío.

En ese navegar de su estado mental, enajenado por el ambiente de fiesta, se da cuenta que ahí sale sobrando. Como sonámbulo, se levanta intempestivamente, se encamina hacia el baño y después sin despedirse, se retira a su casa.

*A*l día siguiente, Adrián la buscó por teléfono con intención de citarla para conversar sobre los últimos momentos de confrontación, pero sólo recibió como respuesta unas frases de indignación y violencia:

—¡No me interesa platicar contigo! ¡Nada! ¡Ya di por terminada nuestra relación! ¡Vete al diablo y no me molestes! —colgó.

Atónito por la contundente respuesta, volvió a caer en una depresión martirizante. Volvieron las preguntas a dar vuelta en su cabeza:

¿Por qué no la detuvo la noche anterior?

¿Por qué no se quedó con él?

¿Por qué reaccionó con tanto desprecio, como si sólo le inspirara odio?

¿Por qué se obsesionó en amarla y la idealizó como mujer perfecta?

¿Por qué ahora todo se aparece como inútil y gratuito?



Todas las interrogantes que venían como una avalancha, en su soledad, eran clavos ardientes que provocaban fiebre. Sin embargo, se desvanecían cuando pensaba que se dieron mucho, que se amaron tanto, que sus vidas y destinos siempre estarían marcados con la idea de haber construido una pequeña isla de armonía. Que él había sido feliz en aquel estado emocional, donde el amor ata, pone cadenas y clava a los amantes en una comunión ideal; donde a más confianza y sinceridad, se exige más y más.

No estaba convencido de que la solución final a sus desavenencias fuera el rompimiento y menos de aquella manera tan grotesca en que se dio. No lograba comprenderlo.

Él esperaba que así como llegó a su vida en forma tersa, como el silencio o la noche, así fuera la despedida, si tuviera que darse: en buenos términos y manera discreta, con amor, gratitud y buena voluntad. En fin él matizaba aquella crisis con momentos de un sufrido idealismo.

Durante varios días, Adrián vivió la incertidumbre de volver o no volver a buscarla. Él no se veía dispuesto a aceptar aquellas últimas palabras como fin del noviazgo. Pero ante la dureza de las palabras y los hechos, no hallaba qué hacer. Esta situación fue la causa por la cual no asistió al baile de graduación o terminación de estudios de Licenciatura de Yara, donde con anterioridad habían quedado de que sería la ocasión para presentarlo a su padre, que vendría desde Guadalajara a convivir con su antigua familia y en especial con su hija.

Los planes que Adrián siguió ese fin de semana fueron totalmente diferentes.

Al reunirse los amigos de la palomilla, en la tradicional cascarita de los sábados, algunos de los compañeros propusieron la idea de irse

de reventón a un rincón bohemio de San Miguel de Allende. Con la intención de vencer la tentación de buscarla, Adrián se decidió por ir a buscar entretenimiento en aquella ciudad de Guanajuato. En realidad, no fue una buena elección. Sus cuates no dejaron de cargarle carrilla. Su actitud pusilánime no encajaba en las guasas y exhortaciones de ellos, que lo animaban a sobreponerse a la adversidad y a que buscara olvidarla, por lo menos en ese día y en aquel festivo ambiente.

Cuando todos se fueron a descansar, en plena madrugada, él prefirió quedarse hasta ser el último en salir. Abatido por el recuerdo de Yara, cayó en una profunda melancolía hasta topar con un inicial estado depresivo. Fue a su cuarto buscando dormir para salvarse de su estado mental. Quería tener abrigo en la soledad, que más lo sumía en sus obsesiones. Éstas terminaron sólo cuando vencido por las copas y el cansancio, logró conciliar el sueño.

De regreso de aquel fallido viaje para el olvido, aunque fuese momentáneo, nuevamente volvió al estado de ánimo de la baja estima y la obsesión lacerante.

Con un constante sufrimiento a todas horas del día, encerrado en un aplastante pesar, Adrián se martirizaba con un huracán de dudas. Se flagelaba en autocompasión con ideas y preguntas al silencio. No encontraba explicación al porqué Yara le había hecho conocer el sexo y el amor de una manera que lo desquiciaba, llevándolo a una situación de contradicciones, de amor y desamor. No hallaba una respuesta al porqué le hizo conocer el paraíso de su cuerpo para luego expulsarlo al desamparo de su ausencia: Esa ausencia inesperada a la cual no estaba él preparado para enfrentarla y que percibía como un infierno. Sentía que le punzaba la conciencia, la terrible pregunta del porqué ella no valorizó la oportunidad de una relación limpia y honesta, para un cambio de vida que pudiera llenar el vacío que llevaba a cuestas y buscar la felicidad compartida, basada en la

amistad y la ilusión del amor verdadero. Se torturaba con ese tipo de elucubraciones y terminaba pensando que ella nunca lo quiso; que todo lo vivido había sido una farsa, una comedia donde ella terminaba riendo y una tragedia de dolor para él. Daba por seguro que si lo hubiera querido, debió haber puesto fin a sus salidas de ocasión con amigos y extraños, que ocultaba a los ojos de Adrián como si aquel noviazgo fuera un juego de secretos.

La ruptura con Yara se había convertido para él en un martirio. No podía dejar de pensar en ella. Frecuentemente pasaba por su casa. Obsesionado, la buscaba con el deseo profundo de mirarla, aunque fuera de lejos. En uno de esos actos de espionaje, al domingo siguiente por la tarde, vio el coche de Benito estacionado frente al departamento que ocasionalmente compartía con Carla. De la cajuela, bajaba una pequeña maleta y se introducían a la casa. Ahora comprendía por qué no había sido posible localizarla en los días anteriores.

Cuando hubieron entrado juntos, sin obrar conscientemente, se quedó ahí parado algún tiempo. Imaginando lo que para él estuvo oculto esos días. Tentado por la curiosidad, caminó rumbo al coche de Benito para comprobar por las placas si no estaba equivocado.

Absorto estaba con sus conjeturas, cuando de pronto Benito salió de la casa, dando un fuerte portazo, que despabiló a Adrián al verse sorprendido husmeando. Descubierta, reaccionó turbado por el encuentro y antes de que pudiera articular palabra, también con cierto nerviosísimo, tratando de justificarse, Benito le confió:

—Adrián, ahora sí me sorprendiste. Ni modo de negarte que pasamos estos días fuera de la ciudad. Pero Yara me dijo que tú eras historia. Espero que no me juzgues mal. Siempre hemos sido amigos.

Él no sabía que contestar. Sólo logró decir, titubeante.

—Lo que te dijo es verdad. La relación ya fue rota. Pero quería comprobar lo que suponía. Ella nos ha metido en un juego perverso y realmente me molesta y lastima comprobar que sale contigo. Realmente, no me siento engañado, porque he descubierto el juego que ella misma me advirtió.

En esos momentos, Adrián recordó aquel diálogo que fuera una sentencia:

—Cuando no estés conmigo, vas a sufrir; porque otra como yo no la encontrarás nunca. Soy única. Si tú me dejas, te va a pesar. Te cambiaré por quién menos esperes. Te haré daño.

En estas últimas frases, destilaba un odio que Adrián nunca pensó merecerlo. Continuó:

—Lo que sucede es que la ruptura es reciente y todavía cala. Sobre todo porque sale con amigos cercanos a mí.

—No lo tomes así. Ella no vale la pena. ¿No sé por qué tú quisiste tomarla en serio? Ella se siente realizada en el desmadre. Como amigo te digo. Olvídala, no es mujer para ti.

Adrián sentía aquellas palabras como si fueran fuego en sus entrañas. Le dolía saber cómo la consideraban los hombres con los que salía a divertirse. Él la había idealizado. Creía ingenuamente que con su amor ella cambiaría. Se apartó de Benito sin más comentarios, soltando de mala gana unas palabras de despedida.

—¡Ahí nos vemos!

—¡Hasta luego!

Para Adrián no era desconocido que cuando se sale con una mujer, en busca de aventura o sexo, se les considera como cosas,

objetos o mercancía, y se ven con sentido hedonista sólo para pasar el rato.

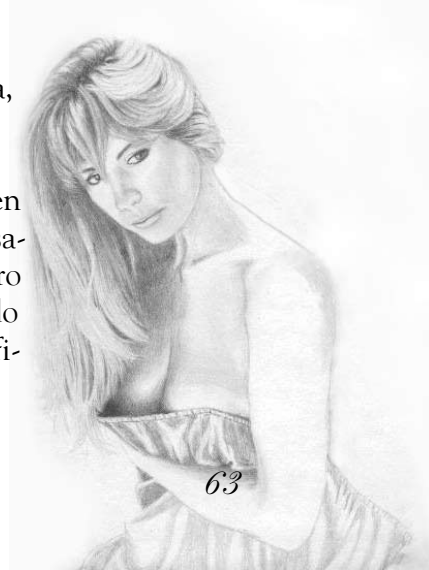
Adrián, con una actitud meditabunda, caminó hacia su coche. Comprendía que ante las circunstancias, todo estaba perdido. Ya no había vuelta de página. Ella había regresado a sus andadas.

*N*i siquiera transcurrió un mes, cuando convencido que no podía vivir sin Yara, la buscó para darle disculpas por no haber asistido a su baile de graduación. Ese fue el pretexto de entrada. Realmente su deseo era conversar con ella y pedir suplicante reanudar su noviazgo, ofreciéndole ser más consecuente y maduro. Más que una súplica, fue una confesión:

—Yara, he tratado de separarme de ti, pero no puedo. Créemelo, te amo de verdad y con todas las fuerzas de mí ser. De verdad, quisiera que nos diéramos otra oportunidad. Estoy por titularme y si tú sientes amor por mí, podríamos pensar en casarnos. Estoy dispuesto a solicitar la anuencia formalmente a tus padres. Te prometo ser más comprensivo contigo y menos celoso. Creo que ese ha sido mi más grande error. Disculpa mis arrebatos, sólo han sido motivados por exceso de amor.

Yara, dándose a rogar, haciéndose la ofendida, contestó:

—Yo también te he extrañado. He pensado en ti. Pero quiero dejar en claro que si volvemos a salir, ahora será bajo ciertas condiciones. No quiero reclamos, ni reproches por nimiedades, sobre todo en público, o por simples sospechas tuyas de infi-



delidad. Quiero que no seas posesivo y me aceptes como soy. No quieras cambiar mis ideas y mi manera de ser. ¡Quiero que me dejes ser! ¡Por favor, Adrián, déjame ser!

—Todo lo que dices me parece razonable. ¿Estás de acuerdo en que hable con tu madre sobre nuestros planes?

—Claro que sí, amorcito. Con mi carrera terminada, mi madre será feliz de que siente cabeza, empezando con un compromiso formal de matrimonio. Yo pondré todo lo que esté de mi parte desde este momento.

En ese instante, se definió también con más crudeza quién en adelante llevaría la parte decisiva de la relación y diría siempre la última palabra.

El panorama que Yara veía y en el que participaba con alegría, la llevaron a presentir una nueva etapa de su vida. Adrián había terminado su servicio social. Dedicaría horas en el cubículo para terminar su trabajo recepcional. Restringirían sus citas en la cafetería. Él tendría que salir de la ciudad, a distancias cortas para tomar fotografías de algunas viejas haciendas potosinas, que pensaba podrían servir para darle cierto toque de creatividad personal a su tesis, aparte de tener que leer los estudios sobre el tema.

Adrián se alejó también de sus amigos, para dar más tiempo al logro de sus propósitos y encauzar su noviazgo a los objetivos trazados de común acuerdo.

Yara, por su parte, empezó supuestamente a tomarlo más en serio. Lo invitaba a casa de su madre, donde siempre estaba su hija, bajo el cuidado de su abuela. Yara había ido madurando la idea de salirse de su casa materna. Por estas fechas, decidió y llevó a cabo el irse a compartir formalmente el departamento de su amiga Carla, buscando de esta manera iniciar una vida independiente; pero tenía

necesidad de su madre para que siguiera haciéndose cargo de su hija Ana, como siempre, por las circunstancias del trabajo.

En esta nueva etapa, Adrián empezó a tratar de convivir más con Ana Cristina. Algunas veces, salían a pasear todos, llevando a la niña a lugares de esparcimiento propios de su edad. Él veía a la pequeña Ana con simpatía y benevolencia y era bien correspondido por la niña. Adrián aceptaba de buena manera el viejo adagio, que a donde va el estuche va el violín. Hasta llegaron a salir acompañados, ocasionalmente, por Carla. Él se mostraba complacido por la forma en que prosperaban las relaciones en familia y con algunas amigas de Yara. Cuando querían estar solos, con más intimidad, iban a la casa de un amigo de Adrián que le prestaba su departamento de vez en cuando. Atrás quedaron los coloquios amorosos en parques, lugares apartados y la incomodidad del coche.

Yara, que había adelantado el servicio social en una oficina pública, logró una recomendación en una empresa de la zona industrial, donde comenzó a laborar por las mañanas y parte de las tardes. Algunas veces, fuera del horario señalado. Esto restringía también el tiempo que le dedicaba a su prometido. Ocasionalmente iban al cine. Su ritmo de vida de fines de semana también se vio afectado y no pudieron seguirlo manteniendo.

Adrián presentó su tesis y examen profesional para titularse como arquitecto. De los trabajos eventuales, comenzó su carrera asociándose con otro compañero que había terminado un año antes que él y con un amigo ingeniero civil. Juntos compartían el despacho de Proyectos de ingeniería civil y arquitectura, con la perspectiva a futuro de establecer una constructora. El local, donde se instalaron, fue proporcionado gratuitamente por el padre de su compañero arquitecto. En realidad, tenían poca clientela y el ingreso no era lo abundante que ellos deseaban, pero en los tres había la esperanza de levantar el vuelo. De hecho, comienzan con la construcción de una gran obra que les llevaría seis meses para terminarla.

Yara piensa en su trabajo como una forma de ahorrar dinero. Desea desarrollarse en su profesión y piensa no ser dependiente de nadie en el aspecto económico. Está acostumbrada a ganar su dinero. Cuando sale del trabajo, algunas veces le gusta convivir con sus nuevos compañeros para sentirse que vive la libertad. Sin embargo, prefiere convivir con los amigos de siempre, de su vida estudiantil, aunque todos están experimentando un cambio de circunstancias, pues se inician en la vida laboral. Ahora les ha dado por ir a una nueva discoteca de moda que opera de jueves a sábado y que ofrece show con alguna cantante y grupo musical. Adrián nota un cambio en Yara. No es de total entrega hacia él, como quisiera, pero sí ve la decisión de vivir en común y hasta empiezan a comentar sus planes de desarrollo profesional. Hablan de juntar dinero para prepararse al compromiso contraído con un sentido más pragmático.

Adrián era feliz. Tal vez inconsciente de la manera tan sutil en que era manipulado. Apreciaba intuitivamente que Ana Cristina nunca perdonó el que propiciara la ruptura del noviazgo de muchos años de Yara con Daniel, pues éste ya era visto como un yerno ideal y a quién Ana veía como un padre. Pero, a fin de cuentas, optó por no involucrarse más en contra de las decisiones de su hija.

A principios de octubre, Yara le comunicó a su enamorado que pensaba ausentarse del país, para aprovechar la invitación de una prima que residía en Los Ángeles, California, con la oportunidad de un trabajo temporal durante tres o cuatro meses, dentro de su campo profesional y muy bien pagado. Pensaba aceptar, porque ayudaría al propósito de reunir más pronto el dinero que se requería. Ella había comentado anteriormente sus planes de establecer, algún día, un cibercafé con renta de servicios de computadora, copias e impresiones, ofrecida sobre todo a estudiantes. Para ella, ésta era la ocasión apropiada. Lo convenció con la idea, importante para Adrián, de que cuando regresara, se casarían. Mientras tanto, hablarían a través de la internet o por larga distancia, lo más posible. Adrián aceptó,

con mucho pesar, porque no concebía estar separado tanto tiempo sin Yara. Pero ella sabía como convencerlo y lograr que él aceptara la idea con resignación.

Expuso las mismas razones a su madre, quien de mala manera acepta la partida de su hija. A los tres días, Yara viaja a los Estados Unidos. Se despidieron entre lágrimas, besos y promesas de una manera muy emotiva.

Desde aquel momento, empezó un sufrimiento nunca antes experimentado por Adrián. Sentía una turbación al imaginarse sin la presencia de Yara. Poco a poco aceptó la nueva situación. Se concentró más en su trabajo. Sacó adelante dos proyectos de casa habitación y volcó todo su entusiasmo y energía para llevar a cabo la obra de construcción en uno de los fraccionamientos más selectos y exclusivos de las Lomas, en el poniente de la ciudad. Todo este tiempo se comunica con Yara, aunque no con la frecuencia prometida, pues sólo una vez por semana, eso sí, con mucha devoción y entusiasmo.

Adrián la extrañaba mucho. El tiempo de la ausencia de Yara fue tormentoso y muy difícil, cuando menos lo esperaba caía en momentos de depresión. Sufría al pensar que Yara pudiera caer en la tentación de la infidelidad, pues sabía su tendencia y debilidad, cuando en alguna fiesta tuviera la ocasión de beber más de dos copas, sobre todo en el ambiente de Los Ángeles y con la nostalgia de su tierra y seres queridos, podía caer fácil presa de todos los peligros imaginables. Y vaya que Adrián imaginaba siempre los peores. Todo esto para él era un calvario.

*P*ara mitigar su soledad, Adrián visitaba la casa de Ana Cristina, básicamente para platicar sobre Yara. Preguntar si tenía noticias de ella, hablar sobre los planes que habían hecho y para granjearse la buena voluntad de la futura suegra. Todas sus conversaciones eran sobre Yara. Se enteró por Ana Cristina de los últimos desencuentros que tuvieron ellas, sobre todo desde que se fue a vivir al departamento de Carla, hasta el momento de su partida a los Estados Unidos; idea ésta última con la que nunca estuvo de acuerdo, pero que tuvo que aceptar para no confrontarse del todo, pues entendía que ya era una decisión tomada por su hija.

Sin la presencia de Yara, Adrián continuó reuniéndose los fines de semana con sus amigos de siempre. Les agradaba platicar sus experiencias laborales en los trabajos que ya todos realizaban, sus planes de noviazgos, y en dos de ellos, planes de matrimonio próximo, por lo cual iban en parejas casi todos. La circunstancia de verse sin pareja, lo llevan a tener conversación con Evelyn, estudiante todavía de la carrera de Diseño Gráfico. Madre soltera. Mujer atractiva y orgullosa, que con frecuencia lo buscaba.

Evelyn tenía como un año de haberse integrado al grupo de las fiestas los fines de semana. Ini-



cialmente, se sintió atraída por Arturo. Pero, después de darse cuenta que no era de su interés, que ni la pelaba, procuraba mostrarse discreta y recatada con todos los demás. Conoce bien la relación de Adrián con Yara. Aprovechando su ausencia, busca acercarse más a Adrián. En uno de esos encuentros, pregunta:

—¿Cómo te sientes de solterito?

Él contestó:

—Muy triste. La mera verdad, la extraño mucho a todas horas del día y todos los días. No dejo de pensar en ella.

Este fue el inicio de un diálogo que buscarían hacer interesante.

—Pobre de ti. Realmente te compadezco. No entiendo tu relación. Hasta donde he podido observar, ha sido tormentosa y disfuncional.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque todo mundo lo ve. Tú pones el ochenta por ciento de buena voluntad para que se sostenga y ella apenas, si bien te va, el veinte.

—No creo que sean así las cosas. Algo hay de cierto, pero no es tan disfuncional como tú me la presentas.

—Bueno éste es un tema que podría ir para largo. Si tú quieres que continuemos el tema hasta puedo hablar de los comentarios de los amigos cercanos, que no se atreven a expresarte. Invítame un café cualquier día que gustes y platicamos largo y tendido.

—Estamos de acuerdo. Yo te llamo después.

Dicho lo anterior, Evelyn se despidió y aprovechó que Arturo se retiraba para solicitarle que la llevara a su casa.

A los pocos días, Adrián recordó la plática que tuvo con Evelyn. Buscando compañía y estar con quien pudiera hablar de Yara, que era su obsesión, le telefoneó y lograron ponerse de acuerdo en salir a tomar café.

Se instalaron en el lugar que supusieron más tranquilo y apartado del establecimiento. Después de ordenar sus bebidas, Adrián fue al grano:

—He pensado mucho lo que me dijiste y me interesa saber qué piensan de mí los cuates.

—Piensan y comentan lo que te dije hace días. Que tú amas y pones demasiado y que no hay correspondencia. Sobre todo el tiempo en que no apareciste, hablaban con mucha lástima por ti. Se decía que Yara te traía como trapeador y que si tú volvías con ella, ibas a sufrir mucho. Y si eso opinaban en aquellos días, imagínate al saber que han decidido casarse.

—Algo así me imaginaba que podían pensar. La verdad a mí no me importa lo que digan.

—Bueno, Adrián, es tu vida. No se si pecas como redentor, pero esa es la realidad que ellos ven en ti dentro de la relación.

—¿Y tú qué opinión tienes como mujer? —inquirió Adrián.

—Mira, a fin de cuentas, tú ya decidiste. La quieres y piensas unir tu vida a la de ella. ¿De qué puede servir mi opinión?

—Pues, otro punto de vista, no me hace mal saberlo.

—Si lo quieres te lo doy. Pero no es condescendiente. Es crítico.

—Bueno, viene. Te escucho.

—Pienso que con ese matrimonio vas a echar a perder tu vida. Como que presiento que Yara no es mujer para ti.

—¿Y por qué lo dices?

—Porque he escuchado de su boca que ella no sería mujer de un solo hombre, que sólo de pensar esa idea, se siente encadenada.

—¿Tú crees que ni por amor podría cambiar?

—Lo que yo crea es lo de menos. Un balance de los hechos de tu historia de amor te debe indicar que has sacrificado mucho. ¿Crees que ella haría lo mismo por ti?

—Tal vez si las cosas fueran al revés... quién sabe.

—Lo que sucede es que estás enamorado. No te das cuenta cómo te ha ido cambiando o cómo has cambiado. De ser una persona con orgullo y carácter firme, pareces ahora una marioneta en sus manos. Sujeto a sus gustos y caprichos. Te has desvalorizado y ella te ve como un juguete.

—Es fuerte lo que me dices, Evelyn. No estoy de acuerdo contigo.

—Nada más piensa quién gana o pierde en esta relación.

—Bueno, tengo tiempo para pensar lo que me has dicho. Ahora que estoy solo, lo que me sobra es tiempo.

Cambiaron tema de conversación. Al poco rato, salieron del café. Adrián la llevó a su casa. Él se dirigió a la suya, pensando en la conversación que habían tenido.

Aun cuando las palabras de Evelyn fueron motivo de cavilación para Adrián, él no dejaba de pensar que Yara era el amor de su vida. Esa noche, antes de dormir, hizo lo que nunca antes, escribir sus pensamientos amorosos, pretendiendo hacer un poema que reflejara su infinita tristeza:

*Amor. Cómo duele tu ausencia.
Donde quiera que estoy, estás conmigo.
Te siento en todas partes.
En el viento. En la luz...
Tu voz de niña frágil es para mí
como el sonido suave de una flauta,
que brota del silencio.
Tus ojos tristes en la despedida,
eran como lirios de miel y ternura
cómo te extraño, amor.
¡Cuánto te extraño!*

En los días posteriores a esa plática, Adrián no dejaba de meditar en lo que él percibía como pensamientos contradictorios. Sentía un enorme peso de carga emocional. Parecía que el mundo se le venía encima. Cuando sometía a un balance racional los recuerdos, vivencias y pensamientos, sobre su papel de protagonista en aquel tortuoso romance que sostenía sobre su espalda y las opiniones de sus amigos nunca expresadas ante él, hasta que fueron puestas en la mesa por Evelyn, se llenaba más de incertidumbre, pero estaba ciego de amor. En aquel mundo de conjeturas, sólo importaba su amor por Yara. Cruzó por su cabeza la idea de ir a buscarla a California y darle la sorpresa de su llegada, pero se contuvo al recordar las observaciones de Evelyn, quien al despedirse sembró la sugerencia de que buscara ayuda médica para que equilibrara su juicio, porque lo veía muy ofuscado y estresado. Su vida sentimental transcurría entre extensos mensajes de correo electrónico, y en frecuentes llamadas por teléfono.

En una de éstas, le comunicó que pensaba venir para Navidad, para pasarla con su familia, mientras tanto pondría mucho empeño en el trabajo y el ahorro. Para mitigar el sufrimiento que Adrián expresaba con encendidos temores, ella decía que no salía a pasear o divertirse, aun cuando su prima constantemente la invitaba. Esto último lo decía para tranquilizarlo.



Aún así, Adrián no dejaba de pensar en ella con sentimientos encontrados. Analizaba los recuerdos de sus momentos alegres, oscuros, inquietantes, pero no lograba salir de la incertidumbre. En sus momentos de intensa soledad, estaba convencido de que, a pesar de todo, la amaba. Sentía que ella era su vida. Eso era lo que interpretaba al no poder siquiera aceptar que lo desubicaba y hacía que perdiera el equilibrio mental. Aceptaba que ella era de las personas que dejan una huella imborrable en las personas con las que intimaba. Comenzó a ser consciente de que le procuraba un dolor, que le hacía daño. Se preguntaba si aquella zozobra en que vivía era normal. La recordaba también, juzgando el egoísmo con que conducía su miedo a involucrarse en el amor, su gusto por la libertad y las diversiones, como motivo último de vida. Cuando hablaban de la crisis de los jóvenes en esta época, sobre el lenguaje y la falta de ideales, recuerda que buscando una explicación después de haber leído que Freud aseguraba que un niño que crece en una familia desintegrada sería de grande un psicópata, y se preguntaba: ¿Hasta dónde esto pretende ser dogma? No, no creía que algo por el estilo pudiera afectar a Yara, quien buscaba no preocuparse por nada. En ratos, Adrián de pronto se sentía como si estuviera perdido. Como si hubiese sido abandonado en un desierto y sin saber para qué rumbo caminar.

Recordaba las pláticas que eran como juegos, sobre la sinceridad, la infidelidad, la posible desvalorización de la imagen social. Sobre qué era más importante en la vida, si el amor o el placer. Al final, comprendía que una vez que se pierde la inocencia, no hay camino de regreso. El conocimiento de la vida o del mundo es un camino irreversible. Es el precio que se paga por la audacia o por la búsqueda de la conciencia en los propios actos de la vida.

Recuerda también las expresiones vanas de Yara: «¡Es igual!», «¿Por qué no?» o «¿Por qué sí?», «¡Pudiera ser!», «¡Por favor!»; que algunas veces lo confundían. Meditaba ahora: ¿en qué nos parecemos?, ¿en qué somos afines? Recordaba como un golpe de

crisis, aquellas palabras que le susurró al oído en el clímax de un placer infinito. Casi como una súplica: «Adrián, no me vayas a dejar nunca. Te amo y te necesito». Recordaba que después de ellas, tendida a su lado, ella miraba hacia ninguna parte. Con la mirada fija musitó con cierta amargura: «¡Ah, ustedes los hombres! Son únicos en su vanidad»...

Ahora se cuestionaba sobre su noviazgo. ¿Cuál era el objetivo real de Yara con respecto al futuro?, ¿a dónde quería llegar?, ¿hacia dónde llevaba su vida?, ¿qué motivos de fondo provocaban que ella cambiara de opinión sin tomar en cuenta a nadie?

Se veía a sí mismo dentro de un remolino de celos. Reflexionaba de una manera enfermiza sobre el inveterado hedonismo de Yara. Se preguntaba si no habría encontrado otro enamorado, pues ella nunca ha pensado que hacía mal, cuando llegó a ocurrir en su vida. Era su manera de ser y punto. Este tipo de cuestionamientos, muchas ocasiones eran diálogos o reproches consigo mismo. Algunas veces, sí le llegó a dirigir personalmente las preguntas a ella, motivo suficiente para que reflexionara y buscara una respuesta, que antes nadie la orillara a pensar. Tal vez esto era lo que despertaba en ella, al principio, curiosidad o interés por Adrián. Esa forma de plantear las cosas le llegó a despertar inquietudes nunca antes sentidas o pensadas por sí misma. Pero esto fue en los primeros meses. Posteriormente, ella fue imponiendo su manera de ser.

Ahora no comprendía a cabalidad el estado de separación que vivía, de forma voluntaria para ella e involuntaria para él. Lo apreciaba como un contrasentido, como algo que iba en contra de la propia naturaleza del amor. Se preguntaba si los amores deben morir en el clímax de la pasión o en los desencuentros que llevan al vacío.

Adrián presentía que en la vida de Yara revoloteaban con frecuencia mariposas de sombra. Sin ser testigo de la conducta de Yara, él sufría constantemente por su ausencia unos descabellados celos.

En medio de este rehilete de esperanza y desesperanza, ocurre que Yara le comunica la víspera de la Navidad, que no va a ser posible viajar como planeó a San Luis. La razón es que prefiere evitar gastos, porque quiere regresar a principios de febrero con la ventaja de traer más dinero.

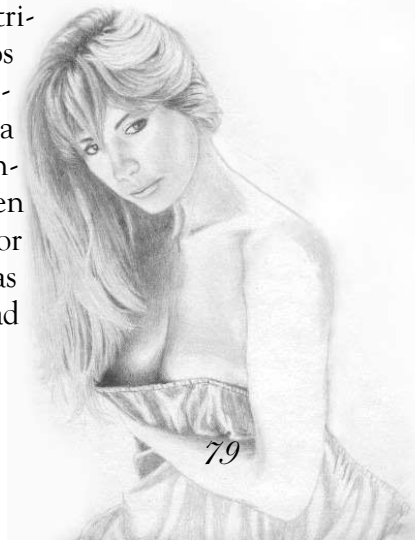
Ésta es la gota que colma el vaso de la desesperación de Adrián. Siente que no puede más con la carga existencial y decide buscar ayuda médica con un psicoterapeuta. Son dos los objetivos concretos que lo llevan a tomar esta decisión. Primero, que alguien fuera de su círculo social, observara su relación y diera una opinión con criterio científico. Quería saber con certeza en qué andaba mal su relación con Yara, para poner remedio de alguna manera. Posiblemente con una terapia de pareja para pensar con objetividad la conveniencia del matrimonio. En segundo lugar, quería limpiar toda la basura acumulada en su interior desde su infancia. Quería estar despejado para poder tomar decisiones trascendentes en todos los campos de su vida. La negativa de venir en la Navidad caló hondo. Consideraba egoísta e incorrecta la forma en que Yara imponía sus decisiones sin tomar en cuenta a nadie. Ahora apreciaba las razones expuestas hacia él por Evelyn. Con su franca y dura crudeza.

15

*S*u primera consulta fue un caos de emociones. Era un hombre perdido en el laberinto del amor y la pasión, con mucha incertidumbre existencial. En su idealismo, quería ser un triunfador en todo, pero no sabía cómo. Afortunadamente, entre el terapeuta y Adrián se forjó una buena química que facilitó un buen desarrollo en el programa que se delineó en un eficaz e intensivo tratamiento. Fue saliendo a flote de la pesadumbre en que se ahogaba, como si se liberara de una pesadilla.

Yara regresó hasta principios de marzo. Como era natural, fue un reencuentro lleno de euforia: lágrimas, besos y abrazos.

Posiblemente por el tratamiento médico que había estado llevando o por la separación de meses en los cuales estuvo meditando y analizando la situación entre ellos, Adrián había cambiado un poco sus ideas. Él deseaba que si llegaran al matrimonio, debía ser con armonía y lo más apegados que fuera posible. Ella, por el contrario, no pensaba lo mismo. Quería que se juntaran a vivir a la de ya, con matrimonio o sin él. Hubo algunos encuentros felices. Él estaba con bastante trabajo en una construcción grande, donde ocupaba la mayor parte de su tiempo en un municipio a las afueras de la ciudad. Esto obligaba que tuviera necesidad



de salir casi a diario. En esas condiciones, dijo, no veía conveniente iniciar una vida en común. Prefería que se vieran por las tardes. Ella había conseguido un departamento en cuanto llegó y hasta le dio duplicado de la llave. Pensaba buscar trabajo e intentaría llevar a la práctica su proyecto del cybercafé. Eran sus planes laborales inmediatos. También venía con muchos deseos de divertirse. Adrián se dio cuenta, en la primera salida que tuvieron a una discoteca, que Yara en nada había cambiado. Con dos o tres copas, volvía en retroceso a la misma condición de trastorno. A los coqueteos con extraños, a provocar celos e incomodidad. Esta ocasión, él con su miel intentó controlarla y logró terminar la velada sin discusión.

Al día siguiente, de buena fe, comentó del tratamiento que seguía y sugirió la idea de que ella se sometiera a algo parecido, argumentando que aquello podría contribuir a la armonía una vez que se hubieran casado. Ella se burló con sarcasmo, diciendo que no lo necesitaba. Que no estaba loca y que era feliz con su manera de ver a la gente y al mundo. Cuando recibió esta respuesta, no insistió. Aparentó no dar importancia al comentario y a la respuesta contundente de ella. En el fondo, quedó sumido en una gran tristeza. Cuando tuvo oportunidad, a solas, de pensar en lo ocurrido, con serenidad se dio cuenta que él no era tan importante para ella, como ella lo era para él. Cuando Adrián estuvo en su casa se preguntaba el porqué no quería ella cambiar de actitud. Él sentía que la amaba profundamente y pensaba que le podía servir, como a él, este tipo de ayuda. Pero se daba cuenta que no era comprendido.

Había una actitud opuesta entre ellos con respecto a la idea del matrimonio. Él deseaba con vehemencia llevarlo a cabo, y ella sin decir nada mostraba todo lo contrario. Con gran facilidad, se fue de reventón un fin de semana al Distrito Federal, con una amiga y dos amigos de ocasión. Buscaba desligarse, según comentó a su compañera de viaje, del peligro de la enajenación con una pareja que buscaba una relación estable y posesiva. Por instinto o por intelligen-

cia, esperaba un apoyo en ese trance. Sin medir consecuencias, se involucró en un juego de complicidades, sin importarle qué podría resultar. Más audaz que inteligente, pretendía no mostrar debilidad alguna frente a su novio, ni frente al amor.

Aun cuando Adrián no supo con certeza sobre esta salida, su desaparición causó sospechas. Fue sujeto de dudas y de celos. Realmente era incomprensible para él esta nueva etapa de su regreso. Sencillamente no encontraba motivo para tal proceder. Había una contradicción tajante con los planes que hacían de palabra. Esto le provocó escozor e inestabilidad. Ni siquiera podía concentrarse en su trabajo. A solas, Adrián seguía contando, como única compañera, con la incertidumbre.

¿Realmente el amor o el matrimonio esclavizan a los contrayentes? ¿Por qué vivir una vida de constantes celos o conflictos? ¿De dónde nace el afán de posesión? ¿Qué implicaba? Sin quererlo, fue cayendo en una espiral interminable de preguntas, pero se resistía a pensar en terminar aquella agonía.

¿Qué perseguía? ¿Libertad? ¿Presionar? ¿Lastimarlo? ¿Buscar con quien sustituirlo? ¿Hasta dónde era legítimo lastimar a la otra persona, en lugar de aclarar las cosas con la verdad? ¿Cuál era la intención de ella? ¿Su tabla de valores?

Todo este cúmulo de ideas volvía a sofocarlo. Se sentía torturado de una manera gratuita, sin creer merecerlo. Sentía temor de que sus fuerzas flaquearan en ese mar de dudas y la incertidumbre lo ahogaba. A pesar de todo el dolor que causaban tantas interrogantes y con la zozobra auestas, él seguía en aparente indiferencia, hablando y asistiendo a las reuniones con los amigos de siempre, como si nada estuviera pasando; pero ni un solo instante había sosiego en su interior. Las elucubraciones eran eslabones continuos de una cadena.

Él se daba cuenta que cada vez más se iba deteriorando su relación de pareja. Era consciente de que lo que vivía a nadie importaba y se convencía a sí mismo de que debía salir solo a flote y no hundirse. Nadie más que él era responsable de su conducta y de sus errores. Lo mismo pensaba de Yara.

Adrián se resistió hasta más no poder. Buscó a su psicoterapeuta, a quién había dejado de ver con la frecuencia inicial, desde que llegó Yara de Estado Unidos. Comentó la situación caótica en que había vuelto a caer y las que consideraba causas de su desequilibrio emocional. Después de escucharlo, el psicoterapeuta dijo que en su opinión debería valorar seriamente su relación; lo que considerara que le causaba daño, y reflexionar sobre su promesa e intención de matrimonio. Hacía hincapié en que él y sólo él, debería tomar una determinación al respecto. Además señaló que por lo expresado y confiado a él en ésta y en otras sesiones anteriores, estaba seguro que ella padecía un trastorno de personalidad límite y que no tenía conciencia de ello, por lo cual sin intención consciente, lo estaba destruyendo. La mejor solución que él como profesional veía a la vida de Adrián, era que buscara la separación definitiva. Insistió en que no perdiera de vista su autoestima. Estas últimas palabras, mucho ayudarían en su futuro y en las decisiones que debía tomar en el porvenir inmediato.

16

Una tarde, a principios de abril, Adrián y Arturo se pusieron de acuerdo, y se fueron a presenciar un partido de fútbol donde participaba el equipo local. Como circunstancia fortuita, a los pocos minutos de haber comenzado el juego, cuando apenas se había terminado la primera cerveza, Arturo anunció a su amigo que se iba a retirar porque se sentía mal. Lo mortificaba un fuerte dolor de estómago. Refirió que posiblemente algo que comió le provocaba la incomodidad y con la bebida, se había producido una náusea que lo hacía desear volver el estómago.

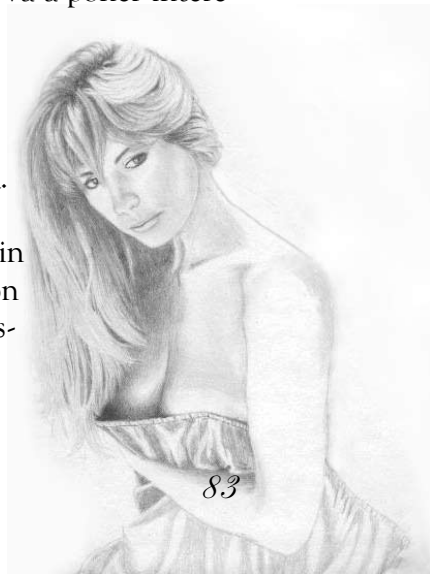
—Discúlpame hermano. Siento deseos de vomitar y prefiero retirarme.

—Quédate, Arturo. El partido es bueno y se va a poner interesante.

No lo convenció. Replicó:

—No me siento bien. Mejor nos vemos mañana.

—Como tú quieras —contestó Adrián, sin prestarle mucha atención, por estar embebido con el desarrollo del juego, que despertaba un entusiasmo contagioso entre el público.



A él, como a casi todos los amigos, les despertaba un fanatismo exagerado la contienda futbolera profesional. En esa ocasión, las situaciones se presentaron diferentes. A los veinte minutos de que había partido su compañero, Adrián experimentó una angustia, totalmente fuera de lugar. No era causada por un malestar físico o algo que pudiera explicarse. Sencillamente empezó a incomodarle la euforia de la gente. Se despertó en su ánimo un desasosiego y no lograba comprender qué pudiera causarlo. Era un deseo apremiante de salir de aquella aglomeración, que enloquecía con el bullicio y el ánimo desbordado del público, a medida que avanzaba el primer tiempo del partido.

De pronto, se vio caminando por la calle, invadido de un nerviosismo que lo perturbaba y lo hacía sudar. Subió a su coche como sonámbulo. Sin tener claro lo que sucedía, se dirigió hacia la casa de su amada Yara. Tal vez en busca de tranquilidad y relajación. Tiempo atrás, ella le había entregado un duplicado de la llave, razón por la cual pensó en llegar como a su casa, buscando un refugio a su desgano.

Iba pensando en dormir un rato, mientras ella llegaba, pues habían quedado de verse a las siete y media, cuando regresara de hacer unas compras y una vez que hubiese terminado el partido de fútbol.

Todavía era temprano. Pensó de momento encender la televisión, pero se pasó de largo. Prefería descansar en la recámara. Al llegar a ésta, como estaba la puerta entreabierta, alcanzó a escuchar murmullos de voces. Entró con cierto sigilo y despistado. Para su sorpresa, sobre la cama, estaban en pleno acto amoroso su adorada Yara con Arturo. Esto provocó un shock de ira silenciosa, que lo dejó estupefacto. No sabía qué decir o qué hacer. Sólo se quedó inmóvil mirando aquel cuadro. No lo podía creer. Yara fue la primera en descubrir su presencia y con azoro inaudito, sobresaltada y tratando de apartar de sí misma al desleal amigo, gritó:

—¡Adrián! ¿Qué haces aquí?

Él no contestó. Desconcertado ante la escena y lleno de contenida furia, únicamente se les quedó mirando. Estaba paralizado. Ellos se incorporaron con rapidez, permaneciendo Arturo al borde de la cama. Adrián, dominando la ira, con aparente aplomo y un nudo de emociones a punto de explotar, logró controlarse y dirigiendo mirada y voz hacia él, dijo:

—¿Por qué Arturo? ¿Por qué?

Recibió como respuesta, al momento en que Arturo agachaba la cabeza, rehuendo mirarlo a los ojos.

—Por pendejo que soy. Perdóname.

Yara, enmudecida, no sabía que actitud tomar. Cubriéndose con una bata, contemplaba atónita el rostro descompuesto de Adrián. No imaginaba qué pudiera decirle a ella. Cómo recriminaría la traición.

Adrián sólo la miró y dijo:

—¡Lástima del amor! y ¡lástima de nosotros!

Al tiempo que balanceando la cabeza, optó por salir, lanzando al piso la llave de la casa y caminando con paso precipitado. Salió sin decir ninguna otra palabra.

Ante la evidencia y lo golpeante de los hechos, no encontró otra alternativa que huir y tratar de borrar de su mente aquellas imágenes. Para fortuna de él, frente a la miseria moral de los protagonistas de aquella infidelidad, había demostrado una gran fortaleza de espíritu. Ya el derrumbe vendría después, cuando en la calle y después

en su casa, no quería hablar con nadie. El desengaño. La pérdida de la confianza en la amistad. La ruptura de la ilusión amorosa y de la esperanza en un futuro probable con Yara, se habían hecho añicos. La frustración marcaría desde aquel momento, mucho tiempo de su vida.

Antes de llegar a su casa, cerca de ahí, entró a un bar y tomando unas copas trató de relajarse. No fue posible lograrlo. Su cabeza era un nido de avispas, volando en plena furia. Sobre su mente se vino un diluvio de dudas y preguntas sin respuesta. Toda una maraña de pensamientos sin que pudieran traer el sosiego que buscaba y que necesitaba para descansar su ánimo atrofiado. Se sentía con el corazón destrozado. Ya en su casa, no pudo contener el llanto, encerrado en su recámara dio salida a sus emociones. Obnubilado por el dolor y el licor consumido, poco a poco, se fue desvaneciendo al calor de la sombra, el silencio y la soledad, hasta llegar al sueño.

En los días posteriores, no buscó, ni esperó explicaciones. Estaba trastornado como nunca antes. Se concebía traicionado y los deseos más siniestros cruzaron por su mente. Su sangre parecía hervir, como si estuviera en una caldera. Un sufrimiento que percibía infinito, en ese momento, lo destruía moralmente. No comprendía hasta dónde pueden llegar las pasiones y la miseria humana. No entendía como éstas hacen a las personas olvidar a quienes realmente les quiere o les necesita, hasta llegar a lastimarlas con cinismo y crueldad.

Adrián se advertía humillado, decepcionado y no lograba inferir de dónde sacó fuerzas para soportar la visión del instante en que lo encontró in fraganti en aquel encuentro que no dejaba dudas ni tampoco se prestaba para explicaciones. No se reponía de su asombro. No se explicaba cómo toleró y pudo soportar aquel nudo de emociones y cómo fue que logró sacudirse aquel coraje que sólo le hacía ver hasta dónde llegaba la perversidad de las personas más cercanas a sus afectos.

Ahí se derrumbaron todas las ilusiones y esperanzas forjadas de parte de él, con su más sentido amor y su corazón rebotante de sueños e idealismo. No hallaba qué hacer. Le daba pesar y vergüenza,



tan sólo imaginar que sus cuates de la banda y demás amigos pudieran saber de qué manera se presentó la ruptura. Experimentaba un caos que no deseaba ni a su peor enemigo. Que tenía que soportar en una soledad total y superar aquella situación sin decírselo a nadie, porque no hallaba en quién confiar. El llanto y el dolor sólo servían de desahogo a las reales emociones. Buscaba y no encontraba causas al porqué de los sucesos y no encontraba explicación en el contexto de su vida.

La desesperanza se convirtió en insomnio constante. Llegó a la depresión. Su autoestima tocó fondo en lamentaciones, conmisericordia y candentes preguntas a sí mismo:

—¿Qué hice para merecer esta infamia de llevarme al infierno? ¿Hasta dónde es culpable Arturo al participar en esta felonía? ¿Por qué con mi mejor amigo? ¿En dónde fueron mis equivocaciones en la amistad y afecto hacia ellos?

Definitivamente, Adrián se veía al borde de la locura. La intensidad del sufrimiento le parecía infinita.

Como mecanismo de defensa, decidió refugiarse en el trabajo y su casa. Los amigos en general pasarían al olvido temporalmente. Se sabía vulnerable a cualquier tipo de broma o de indagatoria de parte de ellos sobre su relación con Yara o la distancia con Arturo, a quién no deseaba ver más en su vida.

La decepción por el amigo era fuerte, pero no tanto como la recibida por parte de ella. Lo que afectaba fundamentalmente era el aceptar como un imposible el deseo de olvidarla. En el fondo de su corazón, en un torbellino donde se confundían pasiones, recuerdos, emociones, imágenes, dolor y desencanto, sentía que todavía la amaba y que no podía dejar de quererla. No hallaba qué hacer. Sin embargo, sabía que aquello era el fin irremediablemente.

Reprimiendo el deseo de comentarlo con nadie porque a las dos personas, a quién podría decírselo por ser las más cercanas a su vida, eran aquéllas, precisamente, que lo habían llevado a este pozo sin fondo que parecía el infierno. Buscó temporalmente el aislamiento, para tratar de encontrar serenidad en su juicio y tranquilidad de espíritu, cualidades necesarias para sacar adelante sus compromisos de trabajo. Algunos días, tuvo que ocuparse hasta las dos o tres de la mañana para lograrlo, pero aun así, intempestivamente aparecía la imagen de Yara en sus pensamientos y era volver a darle vueltas a la noria.

Cuando el sufrimiento fue insoportable, consultó por última vez a su terapeuta. Con él, se dio la oportunidad de sacudirse la carga de su tragedia personal. El médico, de alguna manera, hizo ver la necesidad ineludible de soportar el sufrimiento de la ruptura. Expuso algunas posibles causas de la conducta deshilvanada de Yara, dando como única salida el olvido y la separación definitiva, con la recomendación de que se diera un período mínimo de un año, sin buscar otra relación amorosa. Sobre todo, insistió, hasta que superara la crisis emocional, que aceptara la situación hasta lograr perdonarse a sí mismo y consiguiera liberarse de todo sentimiento negativo. Hasta que mentalmente, también a ella la perdonara, sólo así podría lograr el equilibrio y la salud mental que requería.

Con estas recomendaciones, salió de la visita médica, buscando aceptar conscientemente la necesidad de evitar en lo inmediato la presencia física de ella en su vida. Con el temor de no tener la suficiente fuerza de voluntad para sostener esta determinación, pensó como remedio inevitable, salir del entorno en que vivía y buscar sanarse por medio de la distancia. Decidió salir del país lo más pronto posible.

Buscó concentrarse en terminar un proyecto que tenía pendiente. Esto y las perspectivas del viaje le sirvieron para ocupar su aten-

ción en algo positivo y no dar cabida al sufrimiento por la ausencia de Yara, esta vez contemplada como definitiva.

Sobre las palabras del médico, pensaba, lo más difícil sería perdonar la traición. El olvido, tal vez nunca podría conseguirlo, aunque se lo propusiera, tan sólo porque en su subconsciente no lo deseaba. Sólo lo aceptaba como una necesidad consciente de sobrevivencia. Cuando salía del trabajo, se refugiaba en su casa. En este período, intensificó una cercanía con su hermano menor, que siempre al salir de la rutina diaria llegaba obsesionado a la internet y a los juegos de su computadora. Sin embargo, sirvió para amortiguar sus estados de ánimo. Sólo al ir a dormir, en los minutos antes de conciliar el sueño, aparecían los fantasmas y los recuerdos que persistían en torturarlo.

Algunas semanas después de esta demoledora experiencia, se despidió de su familia y amigos. Habiendo dejado sus compromisos más o menos en regla, optó por salir del país rumbo a los Estados Unidos.

En pleno vuelo del avión, ajeno a los demás pasajeros, recordaba unos versos de Neruda que, en ocasiones posteriores y años después, ya sin odio ni resentimientos hacia Yara, le agradaba rememorar:

*Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.*

*De otro, será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.*

*Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.¹*

¹ Neruda, Pablo. «Poema 20», vv. 23-28, en Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Santiago, Chile: Nascimento, 1924.



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ**

ISBN: 978-607-7856-09-2



9 786077 856092